

PONTIFICIA UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS



La filosofía de Julio Ramón Ribeyro en *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder*. entre el escepticismo y el pesimismo.

Tesis para obtener el título profesional de Licenciado en Humanidades con mención en Estudios Teóricos y Críticos que presenta:

***Sebastian de Gaspar Carlos Abel Carrillo Castillo***

Asesora:

***Maria Cecilia Esparza Arana***

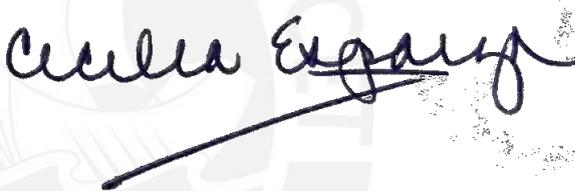
Lima, 2024

### Informe de Similitud

Yo, María Cecilia Esparza Arana, docente de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis titulada “La filosofía de Julio Ramón Ribeyro en *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder*: entre el escepticismo y el pesimismo, del autor *Sebastian de Gaspar Carlos Abel Carrillo Castillo*, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 37%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 30/06/2024
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.
- 

Lugar y fecha: Lima, 30 de junio de 2024

<u>Esparza Arana, María Cecilia</u>	
DNI: 07784793	
ORCID: <a href="https://orcid.org/0000-0001-6930-609X">orcid.org/0000-0001-6930-609X</a>	

*Dedicatoria*

A Cristina, por hacerme inmensamente feliz y por darme todo el amor necesario para sacar adelante este proyecto y romper la pared.



### *Agradecimientos*

Quiero agradecer a todas las personas que me han ayudado en este proceso. Especialmente a Cecilia, por sus invaluable comentarios y su oportuna disposición. A mis padres, por el apoyo incondicional y sostenido a lo largo de los años. A Rocío, por siempre estar pendiente de mis avances. A mis hermanos Zuzel, Santiago, Juan Pablo y José Pedro. Y a quienes conforman mi hogar: Cris, Tota, Lila y Octavio.



### *Resumen*

En la presente tesis establezco una lectura desde la filosofía de *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder*, obras escritas por Julio Ramón Ribeyro. Propongo que ambos libros traslucen una mirada escéptica y pesimista, que además recorre toda la producción de Ribeyro. El escepticismo está presente desde la forma fragmentaria de los textos, que refleja la visión que Ribeyro tiene de la realidad: múltiple y contradictoria. Asimismo, el escepticismo de Ribeyro está emparentado con la versión de la antigüedad, cuyo énfasis es práctico, y se basa en la imposibilidad de decidir entre opciones y sensaciones contrapuestas para encontrar la verdad. En este sentido, resulta provechoso comentar su escepticismo desde los planteamientos de Sexto Empírico y Montaigne. Por otro lado, tanto en *Prosas Apátridas* como en *Dichos de Luder* hay una visión pesimista, que se fundamenta en la discrepancia entre las aspiraciones humanas y sus nulas posibilidades de realización. Ribeyro hace hincapié en la inestabilidad que el paso del tiempo trae consigo para los seres humanos y también hace referencia al tópico de la muerte: destino compartido que matiza todos los afanes humanos. Finalmente, explico como el malestar que Ribeyro manifiesta en ambas obras, se puede explicar mediante los conceptos del absurdo y el *ennui*.

## ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción.....	1
Capítulo 1: El escepticismo ribeyriano en <i>Prosas Apátridas</i> y <i>Dichos de Luder</i> .....	3
1.1 Escepticismo y escritura fragmentaria.....	3
1.2 El escepticismo ribeyriano.....	6
1.3 La duda.....	16
1.4 La perspectiva y la mirada.....	22
Capítulo 2: Ribeyro y el pesimismo filosófico.....	26
2.1 Pesimismo ribeyriano.....	27
2.2 El tiempo.....	31
2.3 Decadencia y muerte.....	36
2.4 El absurdo.....	41
2.5 Ennui.....	47
Conclusiones.....	51
Bibliografía.....	54

## Introducción

Julio Ramón Ribeyro es uno de los escritores más reconocidos del Perú, su figura ha ganado un estatus de culto desde su muerte en 1994. Su ingreso al canon de la literatura peruana y de la narrativa hispanoamericana se debe sobre todo a su extensa producción cuentística, que ha recibido mayor atención crítica que el resto de su obra. Sin embargo, Ribeyro cultivó otros géneros literarios como novelas, piezas de teatro, ensayos, memorias e incluso libros difíciles de clasificar, como los dos textos que serán objeto de esta tesis: *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder*.

El origen de *Prosas apátridas* se puede rastrear desde mediados de la década del cincuenta, como atestigua la entrada del 19 de abril de 1956 de *La tentación del fracaso*, el diario de Ribeyro: “He contemplado la posibilidad de llevar adelante mi librito *El cuaderno del insomne*, pequeños fragmentos escritos en noches de vacuidad y de desvelo, un poco dentro del espíritu del *Spleen de París* de Baudelaire...” (2003: 104). Ribeyro hizo realidad su proyecto en 1975, cuando las primeras dos ediciones de *Prosas apátridas* fueron publicadas por la editorial *Tusquets*, con un total de 89 prosas. En 1978 apareció, en la editorial *Milla Batres*, la edición *Prosas apátridas aumentadas*, que contaba con un total de 150 prosas. En 1986 *Tusquets* publicó la edición definitiva con 200 prosas, bajo el título *Prosas apátridas completas*. Las ediciones posteriores, de *Planeta* y *Seix Barral*, mantuvieron el título original de *Prosas apátridas* y contienen las 200 prosas. Estos doscientos textos breves, de un párrafo de extensión, consisten en observaciones cotidianas, descripciones, reflexiones y comentarios que abordan temas tan variados como la muerte, la vejez, la historia, la verdad, lo cotidiano, las relaciones interpersonales, la literatura, la escritura, el arte, el tedio, la belleza, las costumbres y el tiempo. Sobre el surgimiento de *Prosas apátridas*, Ribeyro comenta en una entrevista lo siguiente:

Las *Prosas apátridas* son en realidad la selección de una especie de notas que yo hago –no te digo cotidianamente porque sería mucho decir– con regularidad. Notas sobre cosas que veo, que pienso, que me cuentan, que se me ocurren, y entonces hago notas que llegan a ser, casi un diario, si quieres. Entonces, dentro de este diario había algunas de aquellas notas que no eran excesivamente alusivas a mi propia vida, sino que tenían un alcance un poco más general. Entonces, leyéndolas hice una selección (Ribeyro 2015: 347-348).

Si bien Ribeyro aclara su intención de seleccionar las notas con un sentido que trascienda su experiencia personal, la comparación de estas con “un diario” y el hecho de que hayan surgido de sus observaciones y reflexiones, explican la similitud que existe entre algunos

textos de *Prosas Apátridas* y entradas de sus diarios publicados bajo el título *La tentación del fracaso*. Como señala Alonso Rabí, existen varias semejanzas entre ambos textos, “hay un modo de ordenar las frases, un tono de sutileza reflexiva, [...] y un final entre adversativo y sentencioso, no exento de ironía, común a ambos textos” (2014: 244). La prosa número 83 que, como señala Galia Ospina, es una copia textual de la entrada del diario del 7 de mayo de 1959 (2006: 77), sirve para ilustrar el final adversativo y la ironía que menciona Rabí:

Arte del relato: sensibilidad para percibir las significaciones de las cosas. Si yo digo: «El hombre del bar era un tipo calvo», hago una observación pueril. Pero puedo también decir: «Todas las calvicies son desgraciadas, pero hay calvicies que inspiran una profunda lástima. Son las calvicies obtenidas sin gloria, fruto de la rutina y no del placer, como la del hombre que bebía ayer cerveza en el Violín Gitano. Al verlo, yo me decía: “¡En qué dependencia pública habrá perdido este cristiano sus cabellos!”.» Sin embargo, quizás en la primera fórmula resida el arte de relatar (Ribeyro 2019a: 78).

La ironía presente en la prosa citada es un elemento que destaca de forma preponderante en la otra obra que será objeto de análisis: *Dichos de Luder*, publicada por la editorial Jaime Campodónico en 1989. Este libro está compuesto de cien “dichos” de extensión mucho más breve que los textos de *Prosas apátridas*, que representan las interacciones y reflexiones del alter ego de Ribeyro: Luder, un escritor descreído e iconoclasta que cuestiona la fama literaria. El nombre de Luder evoca a Ludo Totem, personaje de la novela de Ribeyro *Los geniecillos dominicales*; Ludo es una palabra del latín que significa “yo juego”, por lo tanto, el nombre de Luder corresponde con la intención irónica y juguetona de sus dichos.

Asimismo, estos dichos se inscriben en el género de los *propos*, como explica Jorge Coaguila:

Se trata, no obstante, de un género cultivado en Europa, donde es frecuente reunir, en breves libros, las declaraciones de escritores famosos, seleccionadas de entrevistas o conversaciones con amigos cercanos. El título del género es *propos*. Así, existen *Les propos de Valéry*, *Les propos de Sartre*, etcétera. Otros antecedentes son *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (1936), del español Antonio Machado, e *Historias de almanaque* (*Kalendergeschichte* 1949), del alemán Bertolt Brecht. En ellos sus autores muestran sus pensamientos a través de personajes ficticios (2014: 65-66).

Por otro lado, si bien *Dichos de Luder* se diferencia de *Prosas Apátridas* en que fue un libro con una estructura preconcebida (Coaguila 2014: 70), ambos libros tienen una relación temática y tonal, pues tocan cuestiones relacionadas con la escritura, el arte, la sociedad y las relaciones humanas de manera irónica, escéptica y descreída.

El tema de esta tesis es el pensamiento filosófico presente en las dos obras de Julio Ramón Ribeyro que acabo de reseñar. Sostengo que hay una postura vital subyacente a *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder* y que dicha postura tiene un marcado tono escéptico y

pesimista. Sin embargo, es importante aclarar que no trato de alinear el pensamiento de Ribeyro a una de ambas corrientes, más bien, entablaré un diálogo entre la producción reflexiva de Ribeyro y la filosofía, que permita comprender la postura vital y la mirada que Ribeyro vierte sobre el mundo.

## **I. El escepticismo ribeyriano en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder***

En este capítulo propongo que en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* se puede reconocer una postura cercana a la tradición del escepticismo filosófico. Primero explicaré que la postura escéptica está relacionada con la forma fragmentaria que tienen los textos del corpus. Luego, definiré el escepticismo y describiré qué matices toma en la obra de Ribeyro. Después, argumentaré que el escepticismo de Ribeyro se basa en la duda que cultiva respecto a la noción de verdad. Finalmente, analizaré la importancia que Ribeyro da a la perspectiva y a la mirada y su relación con el escepticismo.

### **1.1 Escepticismo y escritura fragmentaria**

La mirada escéptica está presente desde la forma fragmentaria que tienen los textos de *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder*. Esta forma no es nueva en la tradición literaria:

Siempre ha existido (los orígenes se pierden) la literatura fragmentaria bajo diversos nombres (aforismos, sentencias, máximas, apotegmas, proverbios, refranes, adagios). Esta tradición del fragmento que se presenta en todas las épocas, no solo en literatura, sino también en filosofía (Heráclito), se hace patente también en las puertas de la modernidad con el pensamiento fragmentario de Montaigne, el pensamiento aforístico de Nietzsche, y la poética de Novalis. No olvidemos a Pascal y sus célebres Pensamientos (Oscar Gallegos 2012: 60).

Ribeyro leyó a los pensadores a los que alude Gallegos: Nietzsche, Pascal y Montaigne, tal como lo demuestran las menciones que hace a ellos en *La tentación del fracaso*. Asimismo, Ribeyro explica lo siguiente en un artículo sobre la escritura de diarios íntimos:

Todos los diaristas han poseído por lo menos esa cualidad que Charles Du Bos denominaba «sentido del fragmento», capacidad preciosa para expresar en breves palabras o con claridad una idea, una emoción o un sentimiento (Ribeyro, *La caza sutil* 330).

Ribeyro es consciente de las posibilidades expresivas del fragmento y las utiliza en *Prosas Apátridas*:

“El cierre de cada fragmento suele ser una imagen contundente, un remate con fórmulas afortunadas donde lo moral y lo evanescente se juntan. De ahí que, en cada prosa, como en un haiku, convivan la regla y lo pasajero, el juicio y la vida abierta” (García 2017: 56).

Las prosas de Ribeyro, normalmente, comienzan con una descripción que deriva en una reflexión, pues lo que Ribeyro observa le permite comprender lo que se esconde tras la apariencia; por ejemplo, en la prosa 30, Ribeyro comenta los efectos del nacimiento de su hijo: “Mi hijo ha destrozado en veinte meses de vida todos los signos exteriores y ostentatorios de nuestra cultura doméstica” (Ribeyro 2019a: 41). A continuación, Ribeyro describe y menciona todos los objetos y adornos que su hijo ha destruido. Por último, la prosa termina con la reflexión sobre aquello que se oculta tras la destrucción de objetos domésticos que emprende su hijo pequeño:

Como a pesar de su ignorancia y su sinrazón él representa la fuerza, la supervivencia, es decir, el porvenir, los destruye. Destruye los signos de una cultura ya para él caduca porque sabe que podrá reemplazarlos, puesto que él encarna, potencialmente, una nueva cultura (Ribeyro 2019a: 41).

La prosa de Ribeyro convierte a los objetos domésticos en representantes de la cultura caduca y a su hijo en la encarnación de la fuerza y el porvenir.

Por otro lado, López Degregori señala que *Prosas Apátridas* tiene un carácter abierto debido a que con los años se fueron sumando nuevas prosas (2009: 144); además, las prosas no tienen un orden establecido. Baudelaire, en la dedicatoria de *El esplín de París*, libro que fungió de modelo del libro de Ribeyro, aclara el orden de lectura de su obra:

Querido amigo, le envío esta obrita de la que no se podría decir, sin ser injusto, que no tenga ni pies ni cabeza, ya que todo, por el contrario, es en ella a un tiempo, alternativa y recíprocamente, pies y cabeza [...]. Podemos cortar por donde nos plazca: yo mi ensueño, usted el manuscrito, el lector su lectura (1999: 31).

Ribeyro explica que sus *Prosas Apátridas* pueden leerse de la misma manera, “por el comienzo, por el medio o por el fin” (Ribeyro 2019a: 10), subrayando el carácter abierto del libro, alejado de un orden sistemático y sujeto a la voluntad del lector. Cabe mencionar también que las últimas prosas son más breves, concisión que Ribeyro llevará a su límite en *Dichos de Luder*: “Este libro será la prolongación natural de *Prosas Apátridas*, la concisión llevada al extremo” (Ribeyro 2023: 293). ¿Pero qué implica este carácter breve, fragmentario y abierto de *Prosas Apátridas*? Primero, que se dificulta adscribirlas a un género específico. Un género literario le permite al lector acercarse a los textos con un horizonte de

expectativas. Sin embargo, en este caso el texto es ambiguo e híbrido (Gallegos 2012: 47).

Oscar Gallegos señala que en *Prosas Apátridas* conviven múltiples modalidades discursivas:

Otro rasgo distintivo es su multiplicidad de registros o modalidades discursivas, ya que se vislumbra tejidos líricos, narrativos, argumentativos, reflexiones que no se puede clasificar como poemas, relatos o microrrelatos, ensayos o apuntes de diarios, pues su naturaleza esquiva y heterogénea escapa a dichas categorías (2012: 48-49).

El propio Ribeyro era consciente del carácter heterogéneo de sus prosas, que no encontraron lugar en sus libros publicados anteriormente y solo podían librarse de su aislamiento al compartir un mismo espacio entre ellas. (Ribeyro 2019a: 9). Además, como explica Roberto Forns, la forma de *Prosas Apátridas* corresponde a una concepción de la “naturaleza fragmentaria de la realidad” (1996: 272), en palabras de Ribeyro: “fuera de mí no percibo el mundo como una totalidad sino fragmentariamente. Por ello me resulta más cómodo escribir cuentos o textos breves” (Ribeyro 2015: 88-89). Justamente en las *Prosas*, la realidad no aparece como un todo coherente, cuyo sentido nos es claro y transparente, como demuestra la prosa 55: "El acto de escribir nos permite aprehender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva o caótica" (Ribeyro 2019a: 58). Entonces, frente a una realidad que es difícil de dilucidar, la escritura fragmentaria se presenta como el medio para intentar comprenderla. Asimismo, el carácter fragmentario de *Prosas Apátridas* se adecua a un aspecto crucial de la época posmoderna, como es la “desintegración de la noción de verdad” (Forns 1996: 273), debido a que niega la posibilidad de un centro o una verdad única, asociadas a una escritura sistemática (Forns 1996: 273). En palabras de Oscar Gallegos, la escritura fragmentaria:

Es la vuelta de Heráclito, la irrupción de lo múltiple e indeterminado, el pensamiento que rechaza el sistema, los centros, lo acabado; la escritura fragmentaria es aquella que se escurre, inasible a cualquier pretensión clasificatoria y, desde su supuesta marginalidad cuestiona las verdades estables, las totalidades firmes y los viejos dogmatismos (2012: 58).

La escritura fragmentaria está íntimamente ligada al escepticismo, en tanto rechaza cualquier noción de verdad absoluta. Finalmente, la vida urbana, la fugacidad de los intercambios y las percepciones influenciaron tanto *El Esplín de París* como *Prosas Apátridas*, textos redactados en la capital francesa:

La urbe con sus contrastes, sus enigmas, sus múltiples ritmos, su trama de itinerarios, su reparto de tipos humanos y su tendencia a mezclar lo heterogéneo les ofrece algo aún más importante que un caudal de anécdotas y vivencias: una manera de percibir la realidad que, en vez de privilegiar las vistas panorámicas, se concentra en los detalles, los gestos y los fragmentos (Elmore 2002: 153).

La multiplicidad de estímulos que proporciona la urbe, resulta propicia para una escritura que no transmite un juicio englobador y sistemático, sino una realidad compleja y múltiple.

Sin embargo, la naturaleza fragmentaria de *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* no impide encontrar un pensamiento que, si bien no es sistemático ni ordenado, sí puede ser descrito y analizado. Como señala Peter Elmore, detrás de los géneros que práctica Ribeyro, existe una coherencia que radica en su “*persona literaria*” (2002: 10). Es decir, una coherencia que corresponde a sus preocupaciones y su manera de acercarse a la realidad: “Lo que define al conjunto es la mirada de quien escribe” (Elmore 2002: 153). Intentaré describir esa mirada con ayuda de la filosofía.

Asimismo, las dos corrientes con las que dialoga Ribeyro tienen aspectos esenciales en común, como el hecho de sospechar del carácter transparente y positivo de la realidad. Se puede, por lo tanto, analizar la actitud y la postura vital que Ribeyro refleja en estos textos, a pesar de la falta de un centro o una única dirección que guíe sus reflexiones. Además, como menciona Oviedo en su prólogo a la edición de 1975 de *Prosas apátridas*, estos textos no son dispersos como la miscelánea, debido a que aparecen motivos recurrentes (1975: 21). Estos motivos, directamente relacionados con el escepticismo y el pesimismo, tanto en *Prosas Apátridas* como en *Dichos de Luder*, permiten reconocer preocupaciones recurrentes en el autor y dilucidar su perspectiva.

## 1.2 El escepticismo ribeyriano

El escepticismo como corriente filosófica tiene su origen en el período helenístico de la antigua Grecia. Según Bertrand Russell, fueron cuatro las escuelas filosóficas que se fundaron por esos años: los estoicos, los epicúreos, los escépticos y los cínicos (2004: 221). Estas escuelas tienen en común una orientación práctica, ya que se trataba de modos de vivir la vida: “Thus, philosophy was a way of life, both in its exercise and effort to achieve wisdom, and in its goal, wisdom itself. For real wisdom does not merely cause us to know: it makes us «be» in a different way” (Hadot 1995: 265). De forma similar, en Ribeyro el escepticismo, como afirma Peter Elmore, “no es un programa, sino una actitud y una disposición” (2002: 156). Como voy a mostrar más adelante, la actitud escéptica es central en la manera de percibir y juzgar la realidad en los textos de Ribeyro que estudio.

De manera general, esta escuela de pensamiento “defiende la concepción de que la verdad de un juicio no es cognoscible.” (Krings et al. 1979: 639). Igualmente, el escepticismo propone la inviabilidad de decidir entre juicios y opciones contradictorias. Por ejemplo, según

Bertrand Russell, Pirrón, considerado el primer filósofo escéptico, mantenía que “there could never be any rational ground for preferring one course of action to another” (2004: 224).

Sobre la postura de Pirrón (alrededor de 365 a.C.- 275 a. C.) hay poca información disponible, debido a que no dejó nada escrito. Las especulaciones sobre Pirrón se basan sobre todo en los escritos de su alumno Timón, que conocemos sólo parcialmente a través de las citas que hacen autores posteriores (Thorsrud 2009: 17). Harald Thorsrud afirma que Pirrón “proposes that tranquillity is won by means of a firmly unopinionated and indifferent attitude. No one before him had suggested that the recognition of our cognitive limitations would lead to such a happy ending” (2009: 18). Pirrón fue el primero en proponer que la actitud escéptica trae consigo un estado de tranquilidad e imperturbabilidad conocido como *ataraxia*. Harald Thorsrud explica el surgimiento de este estado en los seres humanos: “The crucial assumption at work here is that it is the frustration of our beliefs and desires that is responsible for whatever disturbances we suffer” (Thorsrud 2009: 34). Evitar creencias que no pueden ser realmente justificadas, nos libraría de la frustración de verlas desmentidas y nos llevaría a un estado de tranquilidad.

Los filósofos que continuaron el pensamiento de Pirrón se conocen como pirrónicos. Sin embargo, hubo otros representantes del escepticismo: los académicos. La academia, fundada por Platón, se orientó hacia posiciones escépticas al mando de Arcesilao. Las diferencias entre pirrónicos y académicos han sido ampliamente discutidas y lo siguen siendo, pero no será necesario profundizar en ellas para el fin de esta tesis. Basta mencionar que los académicos no proponen que el método escéptico lleve a la tranquilidad (Striker 2010: 195) y que algunos de los académicos aceptan la noción de plausibilidad, es decir, que un suceso puede ser más probable que otro, a diferencia de los pirrónicos:

The Pyrrhonists go a step further: they reject even the modest appeal to greater or lesser plausibility and refuse to discriminate among impressions in any way. Approval, even if it does not amount to dogmatic assent or judgement, will still be voluntary, and the Academics no doubt adopted it in the hope that a plausible view was more likely to be true than an implausible one (Striker 2010: 204-205).

Para finalizar este breve recorrido por el escepticismo antiguo, es crucial mencionar la figura de Sexto Empírico (ca. 160 - ca. 210), de quien se conservan casi todas sus obras. De particular interés resulta *Esbozos Pirrónicos*, libro en el que resume la doctrina escéptica:

El escepticismo es la capacidad de establecer antítesis en los fenómenos y en las consideraciones teóricas, según cualquiera de los tropos gracias a la cual nos encaminamos —en virtud de la equivalencia entre las cosas y proposiciones contrapuestas— primero hacia la suspensión del juicio y después hacia la ataraxia (Sexto Empírico 2014: 32).

Sexto Empírico plantea que el escepticismo es una capacidad, es decir, no se trata de un conocimiento puramente teórico, sino de una habilidad; en concreto, la habilidad de ante cualquier afirmación, contraponer consideraciones contrarias. Esto haría que el escéptico no pueda elegir entre las opciones contrapuestas y tenga que suspender el juicio (*Epoché*), lo que lo llevaría a alcanzar un estado de imperturbabilidad (*Ataraxia*); estos dos últimos elementos caracterizan la orientación práctica del escepticismo antiguo. Por otro lado, los “tropos” son los argumentos que usa el escéptico para llegar a suspender el juicio. Sexto Empírico resalta cinco tropos: el desacuerdo, la recurrencia *ad infinitum*, la relación con algo, la hipótesis y el círculo vicioso (Sexto Empírico 2014: 58). El primer modo consiste en la imposibilidad de elegir ante la “divergencia de opiniones” (Sexto Empírico 2014: 58), tanto entre las personas comunes como entre los filósofos. El segundo tropo se refiere a la necesidad de pedir una justificación al argumento que se propone en una disputa y de pedir luego una justificación para la justificación y seguir así *ad infinitum*. El tercer tropo se basa en que la apariencia de cada objeto depende del contexto del observador y no habría ninguna garantía de cómo es el objeto en sí mismo. El cuarto tropo, “por hipótesis”, ocurre cuando se parte de una hipótesis no justificada para evitar caer en el *ad infinitum*. El quinto tropo, el del círculo vicioso, es el empleo de lo que debe ser demostrado como parte de la argumentación (Sexto Empírico 2014: 58).

El escepticismo tuvo un resurgimiento en la modernidad y uno de los autores principales en impulsar este renacer, y a quien haré referencia en más de una ocasión, es el francés Michel de Montaigne, quien utiliza los argumentos escépticos en su ensayo *Apología de Raimundo Sabunde*, para discutir la importancia de la razón en temas de fe. Finalmente, vale la pena destacar las diferencias entre el escepticismo antiguo y el que se desarrolla en la modernidad, sobre todo a partir de Descartes:

Conceiving scepticism as a way of living in the world, Sextus can hardly doubt the world's very existence. By contrast, Descartes treats scepticism as a mere methodological device, to be taken seriously only in the context of inquiries into “first philosophy,” a context in which all practical concerns are temporarily set aside. Freed from practical constraint, Descartes can push scepticism to an unprecedented extreme (Williams 2010: 288).

Williams explica la principal diferencia entre el escepticismo de la antigüedad y el que se desarrolla desde Descartes: mientras el primero tiene una orientación práctica, el segundo es eminentemente teórico. Por lo tanto, el moderno puede llevar sus hipótesis hasta el extremo de dudar incluso de la existencia del mundo exterior. En el caso de Julio Ramón Ribeyro, la

duda escéptica nunca alcanza esos extremos. Además, la manera en que la duda permea sus escritos ficcionales y autobiográficos lo acerca más al escepticismo antiguo.

El escepticismo ha sido asociado a Julio Ramón Ribeyro tanto por su obra, como por sus declaraciones y sus escritos autobiográficos. Efraín Kristal describe las condiciones históricas que influyeron en el escepticismo de Ribeyro: la época de Ribeyro era una de transición en la que “el sector de la economía agrícola y ganadera controlada hasta entonces por la oligarquía latifundista, es desplazado para privilegiar a intereses industriales y modernizantes” (1996: 143). En el contexto de estos cambios, la clase social de Ribeyro cae en declive y pierde poder político: “él era el retoño de una decadencia que todavía podía enorgullecerse de un apellido con antecesores ilustres y que tenía ramas «ricas», de cuyos favores dependía quizás la soñada vuelta a la prosperidad perdida” (Oviedo 1975: 8). Los “antecesores ilustres” de los que habla Oviedo pertenecían sobre todo a la rama paterna de Julio Ramón Ribeyro:

El primero de la rama paterna en llegar al Perú, Melchor Ribeyro Cordeyra, fue un gallego que abrió una librería de viejo en el centro de Lima. Dos de sus descendientes, su hijo (Juan Antonio Ribeyro Estada, 1810-1886) y su nieto (Ramón Ribeyro Álvarez del Villar, 1839-1916), en distinto periodo ocuparían los mismos cargos: rector de la Universidad de San Marcos, presidente de la Corte Suprema de Justicia y ministro de Relaciones Exteriores (Coaguila 2021: 15).

Ribeyro desciende de una familia acomodada, con prestigio social, compuesta por miembros que ocuparon cargos políticos importantes. Al perder la familia el estatus social debido a los cambios en el país y al surgimiento a mediados del siglo XX de la burguesía enriquecida “porque ha entrado en los circuitos del capitalismo internacional” (Esteban 2016: 180), el caso de Ribeyro es análogo al del filósofo francés Michel de Montaigne: “La época de Montaigne, como la de Ribeyro, es una época de transición incierta hacia un nuevo orden social, en la que un sector de la clase dominante desplaza a otro” (Kristal 1996: 144). Ambos autores coinciden en la imposibilidad de explicarse a sí mismos los cambios sociales a los que se vieron sometidos, a pesar de que, a diferencia del caso de Ribeyro, Montaigne pertenece a la clase social que emergió en su época (Kristal 1996: 145). Según Efraín Kristal, tal como lo afirma en una entrevista, el escepticismo de Ribeyro sería una expresión de honestidad ante la falta de comprensión de la causa de los procesos históricos que afectaron la posición política, económica y social de su familia (Aquino y Reynoso 1996: 77).

Pero además de los cambios sociales, en la época de Montaigne hubo una transformación en el sistema intelectual que también influyó en su escepticismo: “Montaigne's skepticism in particular, and the rise of skepticism in general, owes much to the collapse of an intellectual system no longer suited to the world in which it flourished” (Schiffman 1984: 499). En el

caso de Montaigne se trata no solo de la reforma protestante, sino del colapso de la educación humanista: “Humanist education united a normative view of the world with a skeptical mode of thinking, balancing one against the other. This balance was upset by a growing appreciation of the diversity and complexity of the world” (Schiffman 1984: 499). En el caso de Ribeyro, un colapso semejante explica el renovado interés por su literatura tras su muerte, cuando perecen algunas de las ideologías imperantes, sobre todo tras la caída del muro de Berlín en 1989, y nuestro tiempo se alinea a la duda ribeyriana. La vigencia de la postura filosófica de la obra de Ribeyro se explica por la profundidad con la que aborda lo que Raymond Williams llama la “estructura de sentimientos” (1960: 42) de la época contemporánea. La única certeza para el escritor limeño, es que no hay ninguna, una postura característica de la modernidad, como señala Susana Reisz:

En este momento histórico de acelerada descomposición y reconfiguración de vectores sociales y tendencias ideológicas lo único que parece fuera de toda duda como instrumento de apropiación de la realidad es precisamente la duda (1996: 88).

Por otro lado, además de las razones sociales, una tragedia familiar puede haber acercado a Ribeyro a la postura escéptica: la temprana muerte de su padre. Al inicio de su biografía inconclusa, Ribeyro escribe lo siguiente sobre la situación de su padre:

“Cuando mi abuelo murió a los cincuenta años de un ataque cerebral, mi padre se encontró como único titular de un nombre distinguido y de una mediana herencia que, bien administrada, le garantizaba una vida holgada” (1994: 229).

Sin embargo, su padre malgastó la herencia y cuando conoció a la madre de Ribeyro, ya no contaba con tales recursos. La situación del núcleo familiar empeoró con su fallecimiento. Ante la pregunta que le hace César Calvo sobre la época más oscura de su vida, Ribeyro responde:

Sin duda alguna, los meses que siguieron a la muerte de mi padre. No solamente porque él fue el único que he tenido en mi vida, sino porque nos dejó en medio de dos desastres, uno moral y otro económico. Porque mi padre vivía solo de su trabajo, y cuando se murió hubo que vender el carro, despedir al jardinero, eliminar a una de las empleadas, sobrevivir largos años con pequeñísima indemnización (Ribeyro 2015: 32).

No solo la transición económica por la que había pasado el Perú afecta a los Ribeyro-Zuñiga, sino también la tragedia familiar. Se trata de tempranas experiencias dolorosas, cuyos efectos Ribeyro puede describir, pero cuyas causas le son ajenas y dolorosas. Sin embargo, más allá de las posibles causas biográficas que puedan haber influido en la personalidad del narrador miraflorentino, el escepticismo tiene una importancia crucial en toda su obra. Efraín Kristal

propone que el narrador de muchos de los cuentos de Ribeyro tiene una postura escéptica, basada en su separación e incompreensión del mundo que narra:

Aunque niega la posibilidad del conocimiento racional de su mundo, acepta la realidad visible de las cosas. Desconfía de la verdad de una cosa, pero no la niega. Para él, el mundo observado sigue sus propias leyes inaccesibles, acaso porque sean leyes del azar. Observa el mundo sabiendo que no lo puede determinar, haciendo observaciones subjetivas basadas en lo único para él tangible, la realidad del mundo exterior (1996: 130).

Al igual que en el caso de Ribeyro, el narrador puede describir lo que observa, pero es incapaz de explicar sus causas. Kristal propone que las observaciones del narrador sirven para conocer su subjetividad, pero no para entender el mundo narrado (1996: 128). Pero además del carácter del narrador, hay un tenor escéptico en la trama de varios de los cuentos de Julio Ramón Ribeyro. Ángel Esteban afirma que gran parte de los cuentos de Ribeyro revelan una falta de certezas. Menciona los cuentos “Doblaje”, “Ridder y el pisapapeles”, “La insignia”, “El banquete”, “Las cosas andan mal, Carmelo Rosa”, “Demetrio”, “Silvio en el Rosedal”, “La solución”, “Nuit caprese cirius illuminata” y “La casa en la playa” (2016: 33). Un cuento de marcada visión escéptica es “Silvio en el rosedal”. En dicho cuento, el personaje principal llamado Silvio, hereda la propiedad de la hacienda “El Rosedal” en Tarma. En este lugar descubre que las figuras que forman el rosedal, que da nombre a la hacienda, esconden un mensaje en morse que logra traducir por la palabra RES. Silvio intenta descifrar el sentido de dicha palabra y también de la palabra formada por la inversión de esas mismas letras: SER. Posteriormente pretende descubrir en esas letras las iniciales de palabras que puedan formar una frase con sentido, por último, piensa que las tres letras pueden corresponder con las iniciales del nombre de una sobrina que llega a la hacienda. Sin embargo, finalmente descarta todas las opciones y se convence que no hay ningún significado escondido en el rosedal:

Luminarias rojas, azules, naranja, ascendían alumbrando como nunca el rosedal. Silvio trató otra vez de distinguir los viejos signos, pero no veía sino confusión y desorden, un caprichoso arabesco de tintes, líneas y corolas. En ese jardín no había enigma ni misiva, ni en su vida tampoco (Ribeyro 2018: 166).

No es casual que “Silvio en el Rosedal” sea uno de los cuentos más conocidos por los lectores y más comentados por la crítica; es un relato que puede leerse como la trayectoria hacia el escepticismo de un sujeto solitario y desclasado en busca de una trascendencia y una verdad que sustenten su existencia:

Solamente en el umbral del desenlace el personaje se permite desacralizar su relación con el sentido: la seducción del Logos y la promesa de la teleología se desvanecen cuando Silvio, escéptico, pone al fin en duda que su vida esté sujeta a un

guión metafísico, a un plan concebido por un Autor trascendente. Emanciparse de esa ilusión le concede, dentro de sus descorazonadoras circunstancias, el placer de sentirse «sereno, soberano» (Elmore 2002: 214)

Silvio encuentra muchas posibilidades de responder a una pregunta, en este caso el significado del Rosedal, lo que lo lleva a sentirse aturdido y abrumado ante la imposibilidad de encontrar el sentido que busca. Finalmente, suspende el juicio y arriba a un estado de *ataraxia*. Silvio ejemplifica la trayectoria de un escéptico.

James Higgins, por su parte, señala que muchos de los relatos fantásticos de Ribeyro “postulan la existencia de fenómenos que no encajan con la lógica cotidiana y plantean enigmas insolubles, los cuales son emblemáticos de la inescrutabilidad de la vida” (1991: 153). Un ejemplo es el cuento “Doblaje”, en el que se presenta a un personaje que se obsesiona tanto con la idea del doble, que decide viajar a las antípodas (de Londres a Sidney) a buscar al suyo. En Sidney abandona la búsqueda de su doble al enamorarse de una joven llamada Winnie. Sin embargo, le resulta extraño que ella lo trate con mucha cercanía, a pesar de que acaban de conocerse. Luego de una escena de celos en la que maltrata a Winnie, regresa a Londres, donde se da con la sorpresa de que el botones del hotel en el que vive, afirma que él ha olvidado su paraguas en un bar la noche anterior, momento en que él viajaba de retorno a Londres. En ese instante, descubre entre sus materiales de pintura que el bosquejo de mujer que había iniciado antes de su viaje, ha sido terminado con el rostro de Winnie. El lector infiere que el doble del protagonista ha hecho el mismo viaje que él, pero a la inversa. Esta extraña situación supone uno de esos enigmas que no se pueden dilucidar y que reflejan la naturaleza impenetrable de la realidad. Podemos encontrar una situación similar en “Ridder y el pisapapeles”. En este breve relato, el personaje principal visita a un autor llamado Charles Ridder en Bélgica, para entrevistarlo. Al finalizar la tensa entrevista, el protagonista descubre que Ridder tiene un pisapapeles idéntico al que él tenía de joven en Lima y que había perdido luego de lanzarlo contra una buganvilla para callar a unos gatos. Al interrogar a Ridder sobre el origen de su pisapapeles, este responde que diez años atrás ese objeto pasó encima de su cerca y cayó a sus pies. Cuando el protagonista se pregunta en voz alta cómo llegó ese pisapapeles ahí, Ridder responde: “Usted lo arrojó” (Ribeyro 2009: 389). Al igual que en el caso de “Doblaje”, “Ridder y el pisapapeles” finaliza con un enigma que no se resuelve y que, como afirma Higgins en la cita anterior, refleja el carácter inescrutable de la vida.

Por otro lado, la asociación que hace la crítica entre Ribeyro y el escepticismo no se desprende sólo de su obra narrativa, sino también de sus propias declaraciones. El siguiente

fragmento de la entrevista que Ribeyro le concede al periodista y escritor Luis Jochamowitz, contribuye a caracterizar de manera más precisa el escepticismo del escritor limeño:

Siempre me he definido más bien como un escéptico, y el escepticismo no es una actitud de diversión frente a la realidad. Es, por el contrario, una búsqueda tenaz de la verdad. Creo que hay que poner el énfasis sobre la búsqueda más que sobre el hallazgo (Ribeyro 2015: 66).

En esta declaración de Ribeyro se aprecia una cercanía con los escépticos, tal como originalmente los define Sexto Empírico. Como menciona Henrik Lagerlund, Sexto Empírico divide a los filósofos en tres grupos: dogmáticos, académicos y escépticos. Los dogmáticos creen haber alcanzado la verdad, mientras que los académicos piensan que es imposible alcanzarla. Sobre el tercer grupo, Lagerlund explica lo siguiente: “The skeptics belong to the third group, and they are still searching for the truth – ‘seeker’ or ‘someone searching’ is the proper English translation of the Greek word ‘skeptikos’” (2020: 7-8). Montaigne hace la misma distinción “Quienquiera que busque algo llega a este punto: o bien dice que lo ha hallado, o bien que no puede hallarse, o bien que sigue buscándolo. Toda la filosofía está dividida en estas tres categorías” (2016: 504). Tanto Ribeyro, como los escépticos pirrónicos, siguen buscando la verdad, a pesar de ser conscientes de la dificultad que implica encontrarla. Complemento esta idea con lo que señala Efrain Kristal, “el escepticismo de Ribeyro no es un conformismo ni una sumisión [...] De allí el afán por la observación del mundo exterior” (1996: 145).

Sin embargo, la búsqueda por la verdad puede tener una connotación negativa, debido a su infructuosidad, tal como se plantea en los dichos 49 y 97 de *Dichos de Luder*:

-Quizás solo en el instante de morir –dice Luder– recibamos la llave del cofre donde está guardado el libro que contiene el secreto de la verdad. Pero ya no podremos transmitir ni la llave, ni el libro, ni el secreto, ni la verdad (Ribeyro 2014: 33).

–Es penoso irse del mundo sin haber adquirido una sola certeza –dice Luder–. Todo mi esfuerzo se ha reducido a elaborar un inventario de enigmas (Ribeyro 2014: 51).

En ambos dichos, la búsqueda por la verdad se revela como un acto improductivo, en un caso por haber alcanzado la verdad demasiado tarde para poder transmitirla y en el otro por no haberla encontrado. Sin embargo, por momentos, no es la búsqueda infecunda sino el conocimiento de la verdad el que adquiere un tono negativo, como se aprecia al comparar la siguiente entrada en el diario, del 10 de julio de 1974: “Mi espíritu necesita del movimiento, de la metamorfosis, para funcionar, no del tiempo detenido ni del espacio inerte” (Ribeyro, 2003: 416); con el dicho número 15:

–Así como hay una palabra que ha dado origen a todas las palabras dice Luder–. debe haber una sentencia que contenga todas las enseñanzas y toda la sabiduría del mundo. Cuando la descubramos, el tiempo cesará de existir, pues habremos entrado a la era inmóvil de la perfección (Ribeyro 2014: 19).

Por un lado, Ribeyro afirma que su espíritu necesita movimiento y por otro, que alcanzar la sabiduría llevaría a la inmovilidad. Por lo tanto, hay una ambigüedad en el planteamiento de Ribeyro: reniega de no poder encontrar la verdad, pero reconoce que encontrarla lo llevaría a la inactividad e inmovilidad.

Por otra parte, Ribeyro reconoce la necesidad de estabilidad del ser humano en la prosa 19, mientras reflexiona sobre el futuro de su hijo: cuando ingrese al mundo de los adultos su hijo “tendrá que escrutar, apelar a filósofos, novelistas o poetas para devolverle a su mundo armonía, orden, sentido, inútilmente, además” (2019a: 34). A diferencia de los escépticos pirrónicos, que proponen que la estabilidad viene de suspender el juicio, Ribeyro afirma que las creencias dan estabilidad, aunque matiza su afirmación con el final irónico, que indica lo absurdo de dicha estabilidad. Richard Bett comenta lo siguiente sobre la propuesta de los pirrónicos relacionada con las creencias morales:

La noción de que la fuente de la inquietud sea la creencia en que las cosas son buenas o malas en realidad y que estar libre de tales creencias sea una fuente de tranquilidad, puede ser plausible en algunos casos pero no en otros. A menudo esto es al contrario, tener firmes creencias morales es en sí mismo un consuelo en situaciones difíciles, mientras que la falta de una clara égida moral causa ansiedad (2015: 67).

Tal como explica Bett y como reconoce Ribeyro, tener creencias consistentes puede otorgar estabilidad para afrontar la vida. En este punto Ribeyro se aleja de lo propuesto originalmente por los pirrónicos. El escepticismo, para Ribeyro, implica una búsqueda constante, por lo tanto, se aleja de la estabilidad aparente que otorga cualquier verdad consoladora, sin embargo, tampoco otorga la tranquilidad de la *ataraxia*.

Finalmente, es importante aclarar que el escepticismo de Ribeyro no llega al extremo de dudar de toda inferencia hecha a partir de las impresiones que nos transmiten nuestros sentidos, tampoco duda de la existencia de un mundo exterior a nuestras sensaciones, como propone el escepticismo moderno. Bertrand Russell afirma que el escéptico moderno duda incluso de los sentidos: “no statement can be so closely linked to the phenomenon as to be incapable of falsehood. For the same reason, he would say that the statement ‘honey appears sweet’ is only highly probable, not absolutely certain” (2004: 225). La diferencia entre este tipo de razonamiento y el del escepticismo tradicional, es explicada por Junqueira Smith, a partir de un análisis de los argumentos de David Hume. Junqueira Smith explica que “los

argumentos tradicionales se apoyan en la observación simple del conflicto entre las opiniones y en la variedad de las percepciones” (2010: 233). Por lo tanto, para Hume, “los escépticos antiguos requieren de algún conocimiento empírico del mundo para formular sus objeciones” (Junqueira 2010: 241). Por otro lado, Junqueira explica que:

para Hume, los argumentos escépticos más fuertes son, precisamente, aquellos que le cupo elaborar a la filosofía moderna: la duda antecedente de Descartes, la duda humeana sobre el mundo exterior y sobre la causalidad (2010: 238).

Entre los argumentos que menciona Junqueira se encuentra la duda cartesiana, cuyo fin es buscar una base segura del saber y descartar todo aquello que se pueda poner en duda, llegando incluso a proponer la hipótesis del “genio maligno”, que consiste en que los humanos podríamos haber sido creados por un ente malvado, de tal manera que estuviésemos errados incluso en las proposiciones más evidentes. Otro de los argumentos mencionados por Junqueira es el del propio Hume sobre la causalidad. Hume propone, en “*An Enquiry concerning Human Understanding*” que todas las inferencias que atribuimos a la causalidad, están en realidad basadas en la costumbre. Entonces, mientras que los argumentos tradicionales presuponen un conocimiento previo, los argumentos modernos cuestionan la validez de toda inferencia empírica y de todo el conocimiento.

Sin bien el escepticismo de Ribeyro está emparentado con la versión tradicional, Ribeyro llega, en la prosa apátrida número dos, a un cuestionamiento radical de la realidad que se acerca a la versión moderna del escepticismo:

Vivimos en un mundo ambiguo, las palabras no quieren decir nada, las ideas son cheques sin provisión, los valores carecen de valor, las personas son impenetrables, los hechos amasijos de contradicciones, la verdad una quimera y la realidad un fenómeno tan difuso que es difícil distinguirla del sueño, la fantasía o la alucinación (2019a: 22).

La posible confusión entre la realidad y el sueño también se encuentra en la tradición filosófica como parte de la argumentación escéptica. Descartes, por ejemplo, compara sus pensamientos al estar dormido y al estar despierto. El filósofo francés afirma que en ambos casos suele estar seguro de la realidad de lo que vive y, por lo tanto, concluye que “no hay indicios concluyentes ni señales que basten a distinguir con claridad el sueño de la vigilia” (2011: 64). Sin embargo, como voy a mostrar en la siguiente sección, Ribeyro pone énfasis en la duda personal y en lo que ella implica en su vida, postura que se relaciona con el carácter práctico del escepticismo antiguo y lo aleja del escepticismo moderno.

### 1.3 La duda

En esta sección analizaré la noción de la duda como fundamento del escepticismo que Julio Ramón Ribeyro trasluce en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder*. Una referencia importante para entender la duda ribeyriana son los planteamientos de Montaigne, quien también duda: “Si filosofar es dudar, como dicen, con mayor razón conjeturar y fantasear, como yo hago, ha de ser dudar” (Montaigne 2016: 367). Ribeyro conocía bien la obra de Montaigne. En sus diarios, *La tentación del fracaso*, Ribeyro hace una lista de los libros que se llevaría a una isla desierta, divididos por géneros e incluye a Montaigne en el apartado de ensayo y crítica. En *Dichos de Luder*, en el dicho 50, Ribeyro juega con esta influencia:

- Lo mismo o algo parecido dice Montaigne en sus Ensayos –le reprocha alguien al escucharlo lanzar una sentencia moralizante.
- ¿Y qué? – protesta Luder–. Eso solo demuestra que los clásicos siguen plagiándonos desde la tumba (2014: 33).

El escepticismo de Montaigne se muestra en particular en su *Apología de Raimundo Sabunde*. En este ensayo, Montaigne comenta las críticas que se hacían a los planteamientos teológicos del filósofo catalán Raimundo Sabunde, quien había propuesto que “todos los artículos de la religión cristiana pueden probarse por la razón natural” (Popkin 1983: 84). El fin de Montaigne, por su parte, es argumentar que la creencia religiosa debe basarse en la fe y no en la razón. En la primera parte de su ensayo, como explica Henrik Lagerlund, Montaigne parece darle un rol limitado a la razón en la justificación de la fe; sin embargo, en la segunda parte de su ensayo, esto cambia radicalmente:

The next part of his reply looks to knowledge and elaborates the view that knowledge is neither as useful as we think nor is it as extensive as we think. In fact, we know nothing. All that our centuries-long search for knowledge has reviled is only our own ignorance (2020: 107).

La segunda parte está pensada como una defensa de Sebond, dado que, como explica Popkin, “como todo razonamiento es defectuoso, no debe censurarse a Sebond por sus errores” (1983: 84). Popkin explica que la estrategia escéptica de Montaigne se puede dividir en tres partes. Primero explica la imposibilidad que tiene la razón para alcanzar justificaciones de la fe. Para Montaigne la postura pirrónica es ideal para la fe católica, puesto que los pirrónicos postulaban que ante la suspensión de juicio su criterio de acción debían ser las costumbres y la tradición de su entorno. En la época y el contexto de Montaigne, eso significaba seguir la fe católica (Popkin 1983: 96). La segunda parte de la estrategia de Montaigne es plantear la existencia de una variedad de opiniones que no permite tomar una postura:

Mas esto de que no haya afirmación alguna que no sea motivo de debate y controversia entre nosotros, o que no pueda serlo, demuestra que nuestro juicio natural no capta bien claramente lo que capta (Montaigne 2016: 563).

Como he planteado anteriormente este es uno de los principales argumentos escépticos para suspender el juicio, y que Sexto Empírico menciona como el primero de sus tropos. En el caso de Montaigne, la idea de una variedad de opiniones contradictorias, cuya verdad no se puede establecer, surge ante el redescubrimiento de autores de la antigüedad con sus diferentes posturas y ante el descubrimiento de América: la diferente manera de vivir de los americanos, también muestra la relatividad de las costumbres y opiniones (Popkin 1983: 96-97). La tercera parte del argumento escéptico de Montaigne, que está emparentada con el tercer tropo de Sexto Empírico, es un ataque a los fundamentos de la ciencia, sobre todo a nuestras sensaciones, que varían de acuerdo a las personas y entre las personas y los animales:

Para juzgar del funcionamiento de los sentidos, habríamos, pues, de estar de acuerdo primero con los animales, y luego entre nosotros. Cosa que en modo alguno ocurre; y cada dos por tres discutimos porque uno oye, ve y gusta de algo de distinta manera que otro; y discutimos más que de cualquier cosa de la diversidad de las imágenes que los sentidos nos proporcionan (Montaigne 2016: 598).

Las imágenes que recibimos de los sentidos varían de acuerdo a varios factores, como nuestra edad o la capacidad de nuestros sentidos, dado que “los sentidos están en uno más oscuros y sombríos; en otros, más abiertos y agudos” (Montaigne 2016: 598). El problema que surge, como explica Popkin, es que, ante tal variación de las imágenes sensoriales, no existe ningún criterio para juzgar qué experiencia es válida y verdadera sin caer en una argumentación circular o en el regreso infinito (1983: 94).

Hay un paralelo entre la imposibilidad que reconoce Montaigne en todos los seres humanos de conocer la verdad y la que está presente en el inicio de la prosa número 199:

Nunca he podido comprender el mundo y me iré de él llevándome una imagen confusa. Otros pudieron o creyeron armar el rompecabezas de la realidad y lograron distinguir la figura escondida, pero yo viví entreverado con las piezas dispersas, sin saber dónde colocarlas. Así, vivir habrá sido para mí enfrentarme a un juego cuyas reglas se me escaparon y en consecuencia no haber encontrado la solución al acertijo (Ribeyro 2019a: 147).

Esta prosa sugiere que otros, a diferencia de Ribeyro, sí han podido resolver los enigmas de la realidad. Parece, a diferencia de la generalización sobre la imposibilidad del conocimiento hecha por Montaigne, que para Ribeyro esa imposibilidad es personal, propia de su forma de ser, de su duda personal. Esto se confirma más adelante en la misma prosa:

La culpa la tiene quizás la naturaleza de mi inteligencia, que es una inteligencia disociadora, ducha en plantearse problemas, pero incapaz de resolverlos. Si alguna certeza adquirí fue que no existen certezas. Lo que es una buena definición de escepticismo (Ribeyro 2019a: 148).

Ribeyro propone que no existen certezas, pero además vuelve a afirmar que hay algo particular en su carácter que lo lleva a no poder encontrar alguna solución o verdad. Es decir, no es una postura que él justifique de manera sistemática, sino una manera de posicionarse ante la vida.

Pero Ribeyro no solo duda, sino que la duda lo define, tal como aparece en la prosa número dos: “La duda, que es el signo de la inteligencia, es también la tara más ominosa de mi carácter. Ella me ha hecho ver y no ver, actuar y no actuar, ha impedido en mí la formación de convicciones duraderas” (2019a: 22). En esta cita, la duda tiene un carácter ambivalente: ha hecho que Ribeyro observe la realidad de manera crítica, pero le ha impedido obtener cualquier tipo de certezas. En todo caso, queda claro que la duda es constituyente de la escritura de Ribeyro, lo que también ocurre en Montaigne, como lo manifiesta en su ensayo sobre la presunción: “No puedo, pues, olvidar tampoco esta cicatriz, asaz inconveniente para sacar a la luz pública: y es la irresolución, defecto muy incómodo para el negocio de los asuntos del mundo. No sé tomar partido en las empresas dudosas” (Montaigne 2016: 650). En el caso de ambos autores, la idea es similar, en Ribeyro la duda es una “tara ominosa” y en Montaigne la irresolución es una “cicatriz”. Montaigne afirma que para él lo difícil es elegir una posición, pero no mantenerla, porque siempre los argumentos de la postura contraria serán igual de débiles que los suyos, debido a la inestabilidad de las razones que sustentan cualquier posición, que explica de la siguiente manera:

Las razones de Maquiavelo, por ejemplo, eran bastante sólidas para el tema; sin embargo fue muy fácil rebatirlas, y aquellos que lo hicieron no dejaron menor facilidad para que otros rebatieron las suyas (Montaigne 2016: 651).

En un artículo sobre las discusiones, Ribeyro manifiesta la misma idea:

A todo argumento se le puede oponer siempre un argumento igualmente válido. A todo dato histórico utilizado en apoyo de una tesis, se enfrenta otro que prueba lo contrario. El más brillante silogismo es abatido por una simple paradoja (Ribeyro 2016: 241).

Este punto es el que ya he mencionado anteriormente, el de la multiplicidad de argumentos a favor y en contra de una proposición, que está presente desde el escepticismo antiguo:

As scholars of Hellenistic philosophy emphasize, ancient skeptics used to argue both for and against a proposition. Because the arguments are of equal force, we are unable to decide whether the proposition is true or false. Here the problem is seen to

be practical or psychological rather than theoretical. We are unable to decide between the alternatives because they are equally plausible. It is the skeptics' ability to find such equipollent oppositions that leads them to suspend all belief (Lammenranta 2008: 9-10).

Es interesante la mención de Lammenranta sobre la naturaleza del problema: es más práctico o psicológico que teórico; justamente eso es lo que he postulado anteriormente sobre el escepticismo de Ribeyro, quien plantea el problema en términos personales: “Yo no puedo predicar porque no sé dónde está la verdad. Existen una serie de alternativas, pero ante estas alternativas prefiero abstenerme de dar un consejo, una opinión” (Ribeyro 2015: 101). La imposibilidad de decidir se ve profundizada por Luder, que manifiesta que las opciones son incluso reversibles en el dicho 67:

– Leí en alguna parte esta frase– dice Luder–: «Nuestro primer deber es sobrevivir, ya luego nos ocuparemos de la victoria». Pero también podría decirse: «Nuestro primer deber es la victoria, qué importa si no sobrevivimos». Todos los aforismos son reversibles (Ribeyro 2014: 40).

Tanto Montaigne como Ribeyro, plantean la idea de que es difícil encontrar razones suficientes para aceptar una afirmación en vez de otra, lo que corresponde a una idea de larga data en la tradición escéptica.

Volviendo a la duda de Ribeyro, esta aparece por momentos con una connotación negativa, como en el siguiente fragmento de la prosa 19:

“Eso es lo que se llama tener una visión, quizá falsa, del mundo, pero coherente y muchísimo más sólida que la mía, pues está inspirada en un solo libro sagrado, sobre el cual aún no ha caído la maldición de la duda” (Ribeyro 2019a: 34).

La duda es caracterizada como una maldición, dado que impide la solidez y tranquilidad que otorgan las visiones coherentes. La duda también aparece en repetidas ocasiones en *Dichos de Luder*, aunque no necesariamente con un matiz negativo, sino como una constatación, como se observa en los dichos 3 y 92:

Envidia a Luder porque una o dos veces al mes se amanece conversando con un amigo muy inteligente.

– ¡Debe ser una conversación apasionante!

– Ni crean. Como ignoramos más de lo que sabemos, lo único que hacemos es canjear fragmentos de nuestra propia tiniebla interior (Ribeyro, *Dichos* 13-14)

Luder lanza una mirada lenta, circular y fatigada a los miles de libros que contienen los estantes de su biblioteca.

–¡Cuánto ignoramos! –suspira (Ribeyro 2014: 50).

En este caso la duda toma la forma de lo que ignoramos. Si en el caso de Montaigne, la duda se genera por la cantidad de argumentos para sostener una opinión o la contraria, en el de Luder, la duda se sostiene además por lo que todo lo que se ignora, por lo que se desconoce.

Sin embargo, por otro lado, una posible connotación positiva de la duda se reconoce en el dicho 4:

–Ven con nosotros –le dicen sus amigos–. La noche está espléndida, las calles tranquilas. Tenemos entrada para el cine y hasta hemos reservado mesa en un restaurante.

– ¡Ah, no! – protesta Luder–. Yo solo salgo cuando hay un grado, aunque sea mínimo, de incertidumbre. (Ribeyro 2014: 14)

En este caso se observa que la duda y la incertidumbre son preferibles al tedio que puede generar una salida planeada y segura. Las palabras de Luder son muy similares a lo expresado por Ribeyro en su diario: “Busco quizás cierto riesgo, cierta incertidumbre, sin los que la vida me parece insulsa” (Ribeyro 2003: 416). De nuevo se confirma la identificación de Ribeyro con Luder y la relación intertextual entre sus diarios, *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder*. En el caso de Ribeyro, la duda forma parte de su biografía. En una etapa de un marcado entusiasmo político entre sus contemporáneos, Ribeyro no logra comprometerse como sus pares, no se aleja de la duda. En palabras de Vargas Llosa, al ser entrevistado por Ángel Esteban: “Eran tiempos de mucha tensión y efervescencia política, y Julio Ramón era una de las personas más desinteresadas en ese tipo de temas. Él miraba con mucho escepticismo, una especie de discreta ironía, nuestros entusiasmos políticos” (2016: 38). La “discreta ironía” relacionada con la política que menciona Vargas Llosa, está presente en el dicho 66:

Un amigo irrumpe en su casa para anunciarle que ya se firmó el armisticio.

– ¡Bah! – comenta Luder– . Ya te darás cuenta de que la paz solo consiste en cambiar la guerra de lugar (Ribeyro 2014: 40).

Sin embargo, por la época que describe Vargas Llosa, Ribeyro le escribe a su hermano Juan Antonio, el 28 de enero de 1954:

Nunca como ahora tengo mayor número de dudas, pero esto significa que han aumentado mis puntos de vista o que he avizorado perspectivas que antes me eran desconocidas. Por ejemplo, he tomado conciencia del problema político, lo cual no quiere decir que haya tomado partido (Ribeyro 2019b: 44).

A diferencia de lo sugerido por Vargas Llosa, Ribeyro manifiesta en esta carta un interés político, pero ese interés no disminuye sus dudas, sino que parece incrementarlas.

Nuevamente, el conocimiento de diversas alternativas no acaba con la duda, porque existe una imposibilidad de “tomar partido”, de elegir entre las opciones contrapuestas. Esta ambigüedad entre el interés que empieza a tener por la política y su falta de certezas, se va a mantener en la vida de Ribeyro, como le manifiesta a Wolfgang Luchting doce años después, el 23 de febrero de 1966:

Me reprochas poner mi firma en manifiestos y comunicados de protesta. Déjame al menos manifestarme políticamente en ese terreno, ya que no puedo hacerlo en ningún otro, por falta de capacidad, de tiempo y de «plena convicción» (Ribeyro 2023: 124).

Pero volviendo al tema de la ambigüedad entre su creciente interés en política y el aumento de las dudas, esta ambigüedad se puede explicar a partir de lo que menciona Lagerlund:

“«Doubt» implies an understanding of what it is you are doubting. To use Mates’s example, I cannot doubt that 8 is a prime number unless I already know what a prime number is, but I can be at a loss without having to understand or even know anything” (2020:16). La duda se aleja de las versiones más radicales del escepticismo porque implica una certeza previa: saber qué es lo que se está dudando. Por lo tanto, que Ribeyro aumente sus dudas mientras aumenta sus “puntos de vista”, no implica una contradicción. Sin embargo, estas vacilaciones se convierten en desesperanza, como atestigua la carta a su hermano del 17 de septiembre de 1975, veinte años después de la primera misiva citada:

Yo estoy en total desacuerdo con el mundo actual, no le veo solución ni remedio, las grandes ciudades me atraen, pero me asfixian, no veo en ninguna parte del mundo la aproximación – no digo la realización– de la utopía, por todo sitio no hay más que confrontación y problemas (Ribeyro 2019b: 338).

La duda de la juventud sobre las opciones políticas se ha convertido, en el mismo año de la primera publicación de *Prosas Apátridas*, en la convicción de la imposibilidad de encontrar solución a los problemas sociales y políticos que afectan al mundo, en una visión bastante pesimista. En la prosa 26, Ribeyro se manifiesta sobre las revoluciones:

Cabe pensar que la revolución francesa, toda revolución, no soluciona los problemas sociales, sino que los transfiere de un grupo a otro, mejor dicho, se los endosa a otro grupo no siempre minoritario (2019a: 39).

La aparente superación de la duda consiste en una convicción negativa: no existe la posibilidad de una mejora política significativa. La duda llevada a su extremo llega a la desesperanza y la incredulidad ante cualquier proyecto político. Como menciona Peter Elmore:

El núcleo ético y pragmático de la posición que el prosista defiende se compone, sobre todo, de antidogmatismo e incredulidad ante cualquier promesa de trascendencia: la tierra prometida, en sus versiones secular y sagrada, no atrae la esperanza del prosista (2002: 157).

La actitud de sospecha y antidogmatismo descrita por Elmore, está presente en los dichos 23 y 63:

–¡No, por favor! –protesta Luder, cuando vienen a buscarlo una vez más para que firme un manifiesto humanitarista o participe en un mitin a favor de un pueblo oprimido–. Amar a la humanidad es fácil, lo difícil es amar al prójimo (Ribeyro 2014: 22).

–Nada, absolutamente nada compensa el sacrificio de la vida de un adolescente –dice Luder–. Por eso aborrezco a esos profetas endemoniados que conducen a toda una generación de jóvenes al martirio. Para ellos, solo para ellos, habría que rescatar los castigos crueles que inventaron los antiguos: ahorcarlos con sus propias barbas y entregar sus restos a la voracidad de los cuervos (Ribeyro 2014: 38).

El dicho anterior puede leerse como una crítica a los intelectuales de su generación y su apoyo a movimientos armados en los que eran otros los que arriesgaban la vida. Finalmente, a pesar de que la duda es un elemento constante en los textos que analizo, hay una prosa en la que Ribeyro manifiesta su única certeza. Es la ya citada prosa 199 que finaliza de esta manera: “Si alguna certeza adquirí fue que no existen certezas. Lo que es una buena definición del escepticismo” (Ribeyro 2019a: 148). Ribeyro finaliza el libro con una duda extrema, más cercana al dogmatismo negativo de los académicos, en las descripciones de Sexto y Montaigne, que de la suspensión de juicio pirrónica.

#### 1.4 La perspectiva y la mirada

La perspectiva y la mirada tienen una importancia crucial en el conjunto de *Prosas Apátridas*, tal como lo explica Peter Elmore:

Con frecuencia, los fragmentos son –a semejanza de aquellos verbos que se tienen a sí mismos como objetos– reflexivos: el escritor piensa (o, acaso sea preferible decirlo así, se piensa) en base a las condiciones y cualidades que fundan su práctica. No resulta incoherente, por eso, que la inquisición del autor recaiga varias veces en la problemática de la mirada: son nueve los fragmentos dedicados a la visión y la perspectiva (Elmore 2002: 154).

En esta sección, analizaré las referencias a la perspectiva y la mirada en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* y su vínculo tanto con el escepticismo como con la escritura de Ribeyro. En la prosa 52, por ejemplo, Ribeyro describe cómo difiere la impresión del paisaje, si se viaja en el sentido de la dirección del tren o en el sentido contrario: “Quien viaja en el buen sentido siente que el paisaje se proyecta hacia él o más bien se siente proyectado hacia el paisaje; quien viaja de espaldas siente que el paisaje le huye, se le escapa de los ojos” (2019a: 55). Este tipo de reflexiones, relacionadas con el cambio de nuestras impresiones de acuerdo a nuestra posición respecto de un objeto o fenómeno, son parte también de la tradición escéptica, como he mostrado en el caso de Sexto y de Montaigne y como se observa en la siguiente cita de Lammenranta a propósito de Sexto Empírico:

things appear differently to different animals, to different people, in different sense organs, in different perceptual circumstances, and so on. Then, in very much the same way, he proceeds to show that we cannot decide between the conflicting appearances and concludes that we must suspend judgment (2008: 15).

Por lo tanto, puede ocurrir una suspensión de juicio tanto por la imposibilidad de decidir entre dos opiniones contrarias, como por la dificultad de elegir entre percepciones distintas y opuestas de un mismo objeto. En la prosa número 53, Ribeyro reflexiona sobre cómo sus impresiones sobre la belleza de las mujeres varían de acuerdo a la distancia:

Distancia; a doscientos metros no podemos saber si una mujer es bella. A unos centímetros todas son iguales. La percepción de la belleza necesita cierto margen espacial, que varía no sólo de acuerdo al observador, sino también del objeto observado (2019a: 56).

Una reflexión similar se encuentra en la prosa 44, en la que Ribeyro plantea una relación entre la perspectiva y la impresión que genera una obra de arte. En esta prosa Ribeyro pretende proyectar diapositivas de distintos cuadros de pintores importantes. Después propone proyectar detalles de esos mismos cuadros, como por ejemplo, los detalles de un fondo rocoso, de una cortina, de un rostro o de una alfombra:

Estos detalles son ya pintura moderna, sea impresionista, cubista o no figurativa. Diríase que en los cuadros de los grandes maestros está contenida potencialmente toda la pintura moderna, como en algunas páginas de Rabelais o de Cervantes todo el arte literario de nuestros días. Desde esta perspectiva, el arte llamado moderno no sería otra cosa que un detalle ampliado del antiguo o un «mirar más de cerca» la realidad. Simple cuestión de distancia (Ribeyro 2019a: 50).

Queda claro que la perspectiva es determinante no solo para la apreciación de una cualidad, sino para la impresión que la realidad imprime en el sujeto. Sin embargo, la impresión que genera la realidad no solo depende de factores externos como la distancia del objeto, sino también de factores internos, tal como plantea Ribeyro en la prosa 29:

La luz no es el medio más adecuado para ver las cosas, sino para ver ciertas cosas. Ahora que está nublado he visto por el balcón mayor número de detalles en el paisaje que en los días soleados. Éstos resaltan ciertos objetos en detrimento de otros, a los que dejan en la sombra. La media luz del día nublado pone a todos en el mismo plano y rescata de la penumbra a los olvidados. Así, ciertas inteligencias medianas ven con mayor precisión y con mayores matices el mundo que las inteligencias luminosas, que ven sólo lo esencial” (2019a: 40-41)

En esta prosa se repite la idea de que ciertas condiciones o cualidades son necesarias para poder acceder a los fenómenos de manera certera, como cierto tipo de luz o de inteligencia.

Además, se plantea un paralelo entre un factor externo como la luz y otro interno como la inteligencia. Esto me permite hacer la transición hacia otro factor interno que determina el acceso a la realidad: la mirada.

Ribeyro reflexiona sobre la relación de la mirada con el arte. Dicha asociación está presente en un artículo que escribió sobre Caravaggio: “El arte no es tanto cuestión de motivos o de técnica, sino de mirada” (Ribeyro 2016: 214). Ribeyro expresa una idea similar en un artículo sobre Stendhal y Proust, en el que explica la idea del artista que tiene Proust: el artista es como un prisma, capaz de convertir una realidad mediocre en una obra de arte valiosa, por lo tanto “la cualidad intrínseca del tema no interesa, pues el autor-prisma puede convertir no importa qué espectáculo en materia literaria” (Ribeyro 2016: 145). Es decir, la mirada del artista es capaz de transformar la imagen de la realidad. Esta idea, pero centrada en el receptor, se encuentra en la prosa 182, en la que el autor limeño razona sobre la influencia del artista en la mirada del espectador:

El artista de genio no cambia la realidad, lo que cambia es la mirada. La realidad sigue siendo la misma, pero la vemos a través de su obra, es decir, de un lente distinto. Este lente nos permite acceder a grados de complejidad, de sentido, de sutileza o de esplendor que estaban allí, en la realidad, pero que nosotros no habíamos visto (Ribeyro 2019a: 141).

Por otra parte, Ribeyro a través de sus prosas deja traslucir su propia visión, su manera particular de aprehender la realidad, su propia mirada. El tema aparece, por ejemplo, en la prosa 113:

Hay tardes de primavera en París, como esta de hoy, soleada, dorada, que no se viven, sino que se desgajan y manducan como una mandarina. Y para ello nada mejor que una terraza de café, una bebida tonificante, una vacancia de atención, un dejar que nuestra mirada en reposo reciba y archive las imágenes del mundo, sin preocuparse de encontrar en ellas orden ni sentido ni prioridad. Ser solamente el cristal a través del cual nos penetra intacta la vida (2019a: 100).

Ribeyro describe un momento placentero, en el que renuncia a buscarle algún sentido a su experiencia, abandonando la razón para ser pura percepción. Él experimenta una unión con su entorno. Por otro lado, si en el artículo sobre Proust que cité anteriormente, Ribeyro compara al artista con un prisma que deforma la realidad, en este caso la comparación es con un cristal, al que la vida penetra tal como es. Sin embargo, esta identificación se verá perturbada y surgirá una distancia entre Ribeyro y su entorno. La prosa 48 ejemplifica el extrañamiento de la mirada de Ribeyro, por lo que la transcribo completa:

Mi mirada adquiere en privilegiados momentos una intolerable acuidad y mi inteligencia una penetración que me asusta. Todo se convierte para mí en signo, en

presagio. Las cosas dejan de ser lo que parecen para convertirse probablemente en lo que son. El amigo con el que converso es un animal doméstico cuyas palabras apenas comprendo; la canción de Monteverdi que escucho, la suma de todas las melodías inventadas hasta ahora; el vaso que tengo en la mano, un objeto que me ofrece, atravesando los siglos, el hombre de la edad de piedra; el automóvil que atraviesa la plaza, el sueño de un guerrero sumerio; y hasta mi pobre gato, el mensajero del conocimiento, la tentación y la catástrofe. Cada cosa pierde su candor para transformarse en lo que esconde, germina o significa. En estos momentos, insoportables, lo único que se desea es cerrar los ojos, taparse los oídos, abolir el pensamiento y hundirse en un sueño sin riberas ( 2019a: 53).

La combinación de una mirada aguda y una inteligencia penetrante transforma el sentido de los datos sensoriales que recibe Ribeyro. Todo lo que observa se convierte en signo de algo más. El comentario sobre su inteligencia recuerda a la prosa 29, que cité algunas páginas atrás, en la que Ribeyro afirma que “ciertas inteligencias medianas ven con mayor precisión y con mayores matices el mundo que las inteligencias luminosas, que ven sólo lo esencial” (Ribeyro 2019a: 40-41). Se puede inferir que Ribeyro asume que él tiene una de esas inteligencias luminosas que ven lo esencial. Su escepticismo se atempera, dado que él afirma que es capaz de acceder al ser de las cosas, algo que un escéptico no suscribiría. Sin embargo, como demuestran los ejemplos que pone, Ribeyro no accede necesariamente a lo que las cosas realmente son, sino que crea una realidad particular a partir de su mirada, como escribe Peter Elmore: “La importancia de la propia perspectiva reside, por lo demás, en que gracias a ella la realidad se compone y constituye como objeto de la mirada: es decir, como creación del espectador” (2002: 155). La mirada de Ribeyro no desentraña la esencia de la realidad, sino que crea una realidad particular. Por otro lado, Ribeyro califica de “insoportables” los momentos en los que su inteligencia convierte las cosas en símbolos, algo que también ocurre en la prosa 170: “Un espejo roto, un cura, dos palomas muertas. Cosas que he visto en la calle cuando iba a la oficina. Cosas que para mí son símbolos, con mi terca costumbre de añadirle a las cosas una significación o inversamente extraer de ellas un mensaje” (Ribeyro 2019a: 135). A diferencia de la unión con su entorno que ocurre cuando compara su mirada con un cristal transparente, cuando su mirada convierte a las cosas en símbolos se genera una distancia entre él y lo que lo rodea. La prosa 126 ayuda a entender esta distancia:

Mi error ha consistido en haber querido observar la entraña de las cosas, olvidando el precepto de Joubert: «Cuídate de husmear bajo los cimientos.» Como el niño con el juguete que rompe, no descubro bajo la forma admirable más que el vil mecanismo. Y al mismo tiempo que descompongo el objeto destruyo la ilusión (Ribeyro 2019a: 107-108).

La costumbre de Ribeyro de convertir todo en símbolos y observar la entraña de las cosas, lo enajena de su entorno. Las cosas pierden su aparente transparencia y candidez, se transforman en algo extraño. Lo mismo ocurre en sus diarios, en los que:

hay una suerte de extrañamiento en la mirada y la actitud del escritor, un repliegue frente a aquello que lo rodea: desde ese lugar, a la vez intelectual y afectivo, se realizan el análisis y el registro de los hechos (Elmore 2002: 140).

En el segundo capítulo de esta tesis, voy a profundizar en esa sensación de extrañamiento, que está relacionada con el existencialismo, con el absurdo y con el *ennui*.

A lo largo de este capítulo he mostrado que el escepticismo es parte del trasfondo filosófico en la obra de Julio Ramón Ribeyro. Esto se percibe tanto en *Prosas Apátridas* como en *Dichos de Luder*. He explicado que el carácter fragmentario de ambos textos los emparenta con la tradición del escepticismo, he comentado la tradición escéptica y su relación con la obra de Ribeyro, he descrito la importancia de la duda como tópico recurrente en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder*, y he analizado el énfasis que pone Ribeyro en la relevancia de la perspectiva y la mirada en la captación de la realidad. A continuación, explicaré que paralelo al escepticismo, en los textos analizados se manifiesta una segunda corriente: el pesimismo filosófico.

## **2. Ribeyro y el pesimismo filosófico**

“El botín de los años inútiles, que con tanto celo guardaste, disípallo ahora: te quedará el triunfo desesperado de haber perdido todo” (Ribeyro 2019a: 15). Con este epígrafe, perteneciente al poeta bengalí Rabindranath Tagore, se inicia *Prosas apátridas*. El pesimismo se marca desde el comienzo del texto y estará presente en toda la obra, al igual que en *Dichos de Luder*. Definir el pesimismo es complejo, debido a que no se le ha dado relevancia en el estudio de la filosofía<sup>1</sup>. Sin embargo, Joshua Dienstag afirma que existe una tradición de autores que puede ser definida como pesimista y que tiene en sus filas a pensadores como:

Rousseau, Leopardi, Schopenhauer, Nietzsche, Weber, Unamuno, Ortega y Gasset, Freud, Camus, Adorno, Foucault, and Cioran-to name just a few in what could become a very long list. It could be said to have precursors in figures like Montaigne, Lichtenburg, Pascal, and La Rochefoucauld (2006: 5-6).

Ribeyro leyó a varios de esos autores, como a Montaigne y Pascal, a los que haré referencia a lo largo de este capítulo. Paul Prescott, por su parte, define la postura pesimista de la

---

<sup>1</sup>Tal como se puede comprobar al revisar los principales diccionarios filosóficos y verificar que no contienen una entrada específica para el pesimismo.

siguiente manera: “This stance is marked by certain beliefs—first and foremost, that the bad prevails over the good—which are subject to an important qualifying condition: they are always about outcomes and states of affairs in which one is personally invested” (2012: 338). Al igual que en la definición de Prescott, en los textos de Ribeyro, la postura pesimista lo implica a él o a su alter ego: Luder.

En la primera parte de este capítulo describiré las características específicas del pesimismo de Ribeyro; en la segunda sección, analizaré la relación entre el tiempo y el pesimismo; en la tercera, mostraré la importancia crucial que tiene la reflexión en torno a la muerte; en la cuarta sección, propondré una relación entre los textos de Ribeyro y el concepto existencialista del absurdo; y, finalmente, en la última sección trabajaré con el tópico del *ennui*.

## 2.1 Pesimismo ribeyriano

Joshua Dienstag define el núcleo del pesimismo de la siguiente manera:

The mistake consists in the poor fit between the aims that human beings share and the world in which they are settled to pursue those aims [... ] We are thus constantly subject to what Schopenhauer calls (in English) «disappointment,» the sensation of finding that the world has once again let us down (2006: 33).

Según la postura pesimista, la vida enfrenta constantemente a los seres humanos con la decepción de sus ilusiones, dado que existe una distancia insalvable entre las expectativas de las personas y la realidad. Comentaré brevemente la aparición de una actitud pesimista en los cuentos de Ribeyro, una visión que él mismo reconoce, y que parte de una perspectiva negativa sobre la realidad. Por ejemplo, al inicio de su autobiografía inconclusa, dice el autor:

Siempre he mirado el mundo de una manera implacable y lo he visto tal como es, mezquino, sórdido, deleznable, ridículo y cruel. Si hay algo de poesía en lo que voy a relatar es un añadido de mi memoria, que metamorfosea la realidad y la embellece y fruto también de una educación literaria que formó o deformó mi sensibilidad. (Ribeyro 1996: 21).

Ribeyro muestra una visión claramente pesimista sobre la realidad, que va a estar presente en sus cuentos y que se verá expresada, sobre todo, en la configuración de sus personajes marginales: “en la mayoría de mis cuentos se expresan aquellos que en la vida están privados de la palabra, los marginados, los olvidados, los condenados a una existencia sin sintonía y sin voz” (Ribeyro 2009: 7). Sin embargo, acorde con la definición de la visión pesimista de Dienstag, estos personajes tienen una ilusión que va a terminar en un rotundo fracaso y que

revela la insuficiencia de la realidad. Oviedo menciona que lo esencial de la narrativa de Ribeyro “es el tono peculiar de su visión, esa impalpable melancolía que como una música lejana brota de sus relatos. Lo que ellos nos dicen, es que la vida es exigua, siempre inferior a lo que engañosamente promete.” (Oviedo 1996: 84). En los relatos de Ribeyro hay una falta, un deseo insatisfecho, algo que no ocurre, que no se cumple. Por ejemplo, el cuento “Una aventura nocturna” comienza así: “A los cuarenta años, Arístides podía considerarse con toda razón como un hombre «excluido del festín de la vida»” (Ribeyro 2009: 267). Arístides camina por el distrito de Miraflores, hasta que llega a un café en el que solo se encuentra la dueña: “una mujer gorda, con pieles, que fumaba un cigarrillo y leía distraídamente un periódico” (Ribeyro 2009: 268). Ella, ante la ausencia de los mozos porque ya es hora de cerrar, le sirve una cerveza y se sienta a conversar y a beber con él. Luego bailan y siguen tomando. Frente a esta situación inesperada y contraria a todo lo que Arístides había vivido, se envalentona y le ofrece quedarse a pasar la noche. Ella acepta, pero le pide que guarde las mesas de la terraza del local. Cuando él termina la labor, la mujer le pide que vuelva a salir a la terraza para recoger un macetero grande. Mientras Arístides hace esfuerzos sobrehumanos para cargar el objeto, la señora cierra la puerta y le impide ingresar al local. El cuento termina con Arístides frustrado: tira el macetero contra el piso y “en cada añico reconoció un pedazo de su ilusión rota” (Ribeyro 2009: 272). En este cuento, Arístides se presenta como uno de los personajes de vida marginal y gris, descrito como “no solamente la imagen moral del fracaso sino el símbolo físico del abandono” (Ribeyro 2009: 267), al que finalmente le llega la oportunidad de redimirse ante la vida al creer que puede tener una aventura sexual. El narrador describe la oportunidad que se le presenta al personaje de manera irónica, dado que caracteriza a la mujer como gorda y vieja. Pero incluso así, para Arístides se trata de la oportunidad de obtener la tan ansiada revancha ante la vida. Sin embargo, acorde con la visión pesimista, la única esperanza del personaje resulta falsa, parte de un vil engaño. Otro cuento de marcado tono pesimista es “Espumante en el sótano”; Aníbal, el protagonista, es un hombre que cumple veinticinco años trabajando en el Ministerio de Educación. Para su aniversario, organiza una celebración en el sótano del Ministerio, a la que invita a todos sus compañeros y a sus superiores, incluidos el señor Gómez, su jefe, y el director de Educación Secundaria, don Paúl Escobedo. En la mañana de la celebración, se nota el contraste entre la importancia que se da Aníbal a sí mismo y la que le dan sus compañeros, quienes se expresan de manera irónica sobre él. Cuando comienza el homenaje, al mediodía, las empanadas se acaban rápidamente y el director tarda en llegar. Cuando éste llega, Aníbal pronuncia un discurso, en el que muestra su orgullo por trabajar en el Ministerio de Educación. Finalmente,

en medio de la decepción generalizada por la calidad de las empanadas y del espumante, la breve reunión termina y todos se retiran. Al finalizar el cuento, el señor Gómez le pide a Aníbal que limpie el desorden. Aníbal, decepcionado, comprueba la pobreza de su lugar de trabajo: “No era solamente un sótano miserable y oscuro, sino –ahora lo notaba –una especie de celda, un lugar de expiación” (Ribeyro 2009: 490). Como escribe Alfredo Bryce, la ilusión y el desengaño frente a la realidad son constantes en los cuentos de Ribeyro: “la tremenda capacidad del autor para hacer vivir a sus personajes en los límites brutalmente excluyentes de una realidad chata y la más frágil y total entrega a una ilusión” (Bryce 1996: 119-120). La visión pesimista de la realidad atraviesa *Prosas Apátridas y Dichos de Luder*; se expresa de manera sucinta, por ejemplo, en el dicho 58:

- Vámonos ya- le dicen a Luder, que sigue refugiado en un portal, escrutando el cielo lluvioso, en medio del estampido de los truenos-. El temporal ya está pasando.
- Prefiero que pase. En toda tormenta hay un rayo reservado para cada uno de nosotros. (Ribeyro 2014: 36).

En este dicho, Luder muestra una clara visión pesimista, que no se circunscribe a su destino, sino que abarca a todos los seres humanos. También hay un claro tono pesimista en la prosa 192: “La carta que aguardamos con más impaciencia es la que nunca llega. No hacemos otra cosa en nuestra vida que esperarla. Y no nos llega, no porque se haya extraviado o destruido, sino sencillamente porque nunca fue escrita” (Ribeyro 2019a: 145). Esta prosa comparte el mismo espíritu de la que le sigue:

No, la moneda antigua que tú tienes guardada no es aquella que en la última venta pública alcanzó ese precio fabuloso. La tuya es la quiñada, la de serie, la devaluada, la falsa, la que nadie querrá comprar ni siquiera al peso y que servirá apenas para hundir un clavo en el centro a fin de asegurar el tablero de una mesa desvencijada (Ribeyro 2019a: 145).

En ambas prosas hay una visión pesimista, en ambas hay una falta. Pero, además, por el tono de los textos, queda claro que no es una falta circunstancial, sino inherente a la vida. En ambos casos la ilusión fue solo un espejismo. Nunca hubo una oportunidad real de obtener lo que se quería. Además, ese destino negativo que espera a todos los seres humanos, no es responsabilidad nuestra, como aparece en la prosa 118: “Alguna divinidad, cuando nacemos, traza sobre nuestro nombre una cruz negra y entonces no habrá cuartel en nuestra vida, no encontraremos sino escollos, chanzas y celadas” (Ribeyro 2019a: 103). El destino negativo resulta una condena, una marca de nacimiento.

Por otro lado, la visión pesimista en las obras de Julio Ramón Ribeyro se relaciona con la soledad y la imposibilidad de comunicación entre los seres humanos, ambas son parte de la

insuficiencia de la vida. Así lo plantea Ribeyro en la prosa 34, en la que describe lo que observa en un parque: niños jugando, haciéndose compañía física, pero sin comunicarse realmente:

“Cada cual en el fondo sigue tan solo como en el cuarto de su casa, pero refractados en múltiples espejos. Llegan incluso a rozarse la mano, a intercambiar sus baldes intercambiables, pero prácticamente sin hablar, sin dar nada de sí ni decir nada” (Ribeyro 2019a: 43).

Ribeyro afirma que esa soledad prefigura la soledad de los ancianos que también se encuentran en el parque, observando a los niños jugar. La soledad, como menciona Ribeyro en la misma prosa, se ve atemperada en “el interregno poblado por el amor o la amistad, el único cálido, soportable, entre dos extremos de abandono” (Ribeyro 2019a: 44). Sin embargo, al final de la prosa 45, la posibilidad del amor o la amistad resulta efímera:

En la vida, en realidad, no hacemos más que cruzarnos con las personas. Con unas conversamos cinco minutos, con otras andamos una estación, con otra vivimos dos o tres años, con otra cohabitamos diez o veinte. Pero en el fondo no hacemos sino cruzarnos (el tiempo no interesa), cruzarnos y siempre por azar. Y separarnos siempre (Ribeyro 2019a: 51).

Al igual que los niños, que no dejan de estar realmente solos aún en compañía física de otros niños, los adultos también están esencialmente solos, dado que la relación que entablan entre ellos está condicionada por el tiempo y destinada a la separación. Además, como explica Susana Reisz, la soledad caracteriza también a los personajes de la narrativa de Ribeyro:

Solos como los infantes y los ancianos del parquecito de la Rue de la Procepción están la mayoría de sus personajes. Solos ante el fracaso de sus proyectos, la pérdida de sus ilusiones, la falta de amor, el deterioro corporal o moral, la vejez y la muerte. Solos con sus debilidades, sus cobardías, su miedo de morir y su miedo de vivir en la inalterable grisura de las existencias comunes. (1996: 90-91).

Por otro lado, esta soledad se ve acentuada por la imposibilidad de entablar una comunicación significativa con otros seres humanos, tal como se resalta al inicio de la prosa 68:

Cada vez más tengo la impresión de que el mundo se va progresivamente despoblando, a pesar del bullicio de los carros y del ajetreo de la muchedumbre. ¡Es tan difícil ahora encontrar una persona! No nos cruzamos en la calle sino con siluetas, con figuras, con símbolos (Ribeyro 2019a: 66).

Queda claro que la compañía física, incluso de la muchedumbre, no es un paliativo para la soledad. Esto se ve acentuado por la sociedad de masas, en la que todo individuo queda convertido en un “modelo social” (Ribeyro 2019a: 66). Sin embargo, en la prosa 104, la imposibilidad real de comunicación aparece como inevitable, debido a los límites propios del

lenguaje. En ella, Ribeyro comenta la impresión que tiene de que su gato intenta comunicarle un mensaje. Luego de describir las actitudes de su gato, llega a la siguiente conclusión:

tendrán que transcurrir aún centenares de siglos para que la distancia que nos separa tal vez se acorte y pueda al fin entender lo que me dice, lo que seguramente no pase de un lugar común: hay una mosca, hace calor, acaríciame. Como cualquier ser humano, en suma (Ribeyro 2019a: 95).

Es decir, incluso dejando de lado los factores sociales que impiden la comunicación entre las personas, el propio lenguaje impide cualquier posibilidad de comunicación real.

Finalmente, sobre el carácter específico que toma el pesimismo en Ribeyro, Wolfgang Luchting plantea que se trata de una actitud marcada por el carácter resignado del autor: “deviene en un pesimismo sobre el pesimismo. Esto llega a ser evidente en *Prosas apátridas*. En conformidad con la declaración del autor de que él es tan «escéptico que hasta afirmar algo y dudarlo son lo mismo» (1988: 266). La duda constante, analizada en el primer capítulo, atempera el pesimismo propio de Ribeyro. La prosa 150 incluso expresa la actitud contraria:

Me despierto a veces minado por la duda y me digo que todo lo que he escrito es falso. La vida es hermosa, el amor un manantial de gozo, las palabras tan ciertas como las cosas, nuestro pensamiento diáfano, el mundo inteligible, lo que hagamos útil, la gran aventura del ser (Ribeyro 2019a: 121).

La postura de Ribeyro no es de un pesimismo radical, mantiene la duda incluso sobre el carácter negativo de la existencia.

## 2.2 El tiempo

Un motivo constante en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* es la reflexión sobre el tiempo. Ambos textos expresan la idea de que el flujo ininterrumpido del tiempo conlleva la desaparición de todo lo que nos rodea y el cambio constante de nuestra situación vital. Esta idea la expresa Arthur Schopenhauer reiteradamente en su libro *Parerga y paralipómena*: “Deberíamos tener constantemente a la vista la acción del tiempo y la inconstancia de las cosas, y así, en todo lo que ahora ocurre, imaginar enseguida su contrario” (*Parerga I* 2009: 484). Para Schopenhauer el tiempo trae consigo un cambio persistente y pone a los seres humanos en una situación de inestabilidad, lo que tiene implicancias pesimistas:

En un mundo donde no es posible ninguna estabilidad de ninguna clase, ningún estado duradero, sino que todo está concebido en un remolino y cambio incesantes, todo corre, vuela, se mantiene en pie sobre una cuerda a base de andar y moverse

continuamente, en un mundo así la felicidad no se puede ni siquiera imaginar (*Parerga II* 2009: 300).

Según Schopenhauer los seres humanos buscan constantemente satisfacer sus deseos. Sin embargo, las personas se ven enfrentadas a la imposibilidad de satisfacerlos. El problema, para Schopenhauer, es que incluso si esos deseos logran ser satisfechos, su duración es ínfima y pronto surgen nuevos deseos por satisfacer. (Aramayo 2018: 54). La condición efímera de las acciones humanas, es parte de lo señalado por la tradición pesimista:

This constant change is something else that the pessimist takes to be a burden of temporal existence. To live within the flow of time means that whatever exists now is always rushing into the nonexistence of the past (Dienstag 2006: 22).

Ribeyro expresa la misma idea en la prosa 70:

Hacia atrás no hay absolutamente nada: nada separa el día de ayer de la batalla de Lepanto, están unidos por su propia inexistencia. El único tiempo posible es el futuro, pues lo que llamamos presente no es sino una permanente desaparición. Pero el futuro mismo no sabemos en qué consiste, es una mera posibilidad. Sabemos que está allí, que viene hacia nosotros, que está a punto de llegar. Pero ¿cómo?, ¿dónde? El tiempo sería así el ámbito de la caída de lo que existe, si no la propia caída. (2019a: 68-69)

La relación que establece Ribeyro entre el tiempo y la caída también aparece en la obra de Schopenhauer, en términos similares a los de Ribeyro.

Nuestra existencia no tiene ninguna base y suelo en el que apoyarse más que el presente que se desvanece. De ahí que tenga por forma esencial el constante movimiento, sin ninguna posibilidad del descanso que anhelamos. Es como la marcha de alguien que se precipita cuesta abajo, que se caería si quisiera parar y solo puede mantenerse de pie si sigue corriendo (*Parerga II* 2009: 300).

En ambos casos se resalta la naturaleza efímera del presente y se le da un sentido negativo al paso del tiempo al compararlo con una caída. Además, ambos autores plantean que el paso del tiempo trae inestabilidad e incertidumbre. La inestabilidad alcanza incluso a la propia identidad y la personalidad en la prosa 56:

Cada instante nos hace otros, no sólo porque añade a lo que somos, sino porque determinará lo que seremos. Sólo podremos saber lo que éramos cuando ya nada pueda afectarnos, cuando – como decía alguien– el cuadro quede colgado en la pared (Ribeyro 2019a: 59).

La misma idea reaparece en la prosa 186:

Poco nos conocemos, nunca nos conocemos. De pronto algo ocurre en nuestra vida y vemos interrumpir fuerzas, sentimientos, pulsiones que nunca creímos contener: envidia, celos, cólera, ambición, cálculo, cobardía, odio, violencia. Yo desconfiaba ya de la fidelidad de la memoria y de la inamovilidad del pasado, pero creía aún en la continuidad del carácter. Ni de esto siquiera estamos seguros (Ribeyro, *Prosas* 143).

En ambos casos la variabilidad de la vida también afecta nuestra identidad. Nada es seguro, ni la imagen que tenemos de nosotros mismos. Por otro lado, esta idea de la inestabilidad vital que amenaza a todos los seres humanos hasta el momento de la muerte, deriva también de los *Ensayos* de Montaigne.

Conocen los niños el cuento del Rey Creso a propósito de esto; el cual, habiendo sido hecho prisionero por Ciro y condenado a muerte, a punto de ser ejecutado, exclamó: «¡Ay Solón! ¡Solón!». Llegado esto a oídos de Ciro, quien preguntó lo que quería decir, contestóle que comprobaba entonces en sus propias carnes la advertencia que antaño le hiciera Solón acerca de que los hombres, por mucho que les sonría la fortuna, no pueden decirse felices hasta que haya transcurrido el último día de su existencia, a causa de la inseguridad y volubilidad de las cosas humanas, que con ligero movimiento pasan de un estado a otro muy distinto (2016: 119).

El “ligero movimiento” que menciona Montaigne, está ejemplificado por el final de la prosa 42 de Ribeyro: “Un banquero puede muy bien robarle al fisco o dirigir un tráfico de armas, pero líbrelo Dios si cruza con su automóvil una luz roja” (Ribeyro 2019a: 49). La vida es tan frágil, que el mínimo paso en falso puede llevar a cualquiera al abismo y los seres humanos enfrentan ese riesgo hasta el último día de sus vidas.

Asimismo, el paso del tiempo en los textos de Ribeyro tiene un matiz nostálgico, dado que implica la desaparición de aquello que más se aprecia, como le ocurre a Luder:

Encuentran a Luder que deambula pensativo por una calleja perdida del barrio latino.  
 – ¿Qué haces por aquí?  
 – Estaba caminando tras los pasos muertos de una antigua primavera feliz. (Ribeyro 2014: 41)

Este “dicho” se asocia con el final de la prosa 62 de *Prosas apátridas*, en la que Ribeyro narra la búsqueda de la casa en la que vivió una antigua amiga suya en el barrio parisino de Saint-Cloud. Luego de enterarse de que la casa fue derrumbada para renovar un puente, Ribeyro concluye la prosa con la siguiente reflexión: “También mueren los lugares donde fuimos felices” (2019a: 62). Nuevamente hay una referencia a la desaparición de momentos o lugares de felicidad, asociada al recuerdo nostálgico de estos lugares. En el caso de Schopenhauer, lo efímero de la existencia tiene una implicación totalmente negativa: “—El tiempo es aquello en virtud de lo cual a cada instante todo se nos convierte en nada entre las manos; — con lo cual pierde todo valor verdadero” (*Parerga II* 2009: 299). Sin embargo, a diferencia de Schopenhauer, Ribeyro no concluye que el paso del tiempo implique que los instantes vividos pierdan valor. Por ejemplo, en la prosa 163, Ribeyro rescata la importancia de disfrutar los momentos de gozo:

Por ello mismo, porque sabemos que la vida es fea, dura, cruel, pasajera, debemos tratar de preservar y glorificar esos momentos de gozo o de contento que se nos dan sin que los pidamos, confundidos generalmente con todo el desmonte de nuestro pan cotidiano” (2019a: 130).

Ribeyro plantea vivir a plenitud los instantes felices, a pesar de estar condenados a la desaparición.

Por otro lado, a pesar de que estamos expuestos al cambio repentino, existen muchas constantes y situaciones que se repiten a lo largo de la historia. Joshua Dienstag señala que el pesimismo filosófico nace en la modernidad, junto con el surgimiento de una nueva concepción del tiempo: se abandona la concepción circular y se adopta una concepción lineal. Esta concepción es la que se mantiene hasta nuestra época. Dienstag explica que los pensadores pesimistas cuestionan la idea de que el paso del tiempo traerá mejoras en nuestra condición de vida, ya sea material o moral. No niegan el paso lineal del tiempo, pero cuestionan que tenga una dirección positiva: “this change in time-consciousness did not only authorize the idea of progress. Pessimism too is one of its progeny, the hidden twin (or perhaps the doppelgänger) of progress in modern political thought” (2006: 16). El paso del tiempo, para los pesimistas, no está asociado a una noción de progreso: “Change occurs, human nature and society may be profoundly altered over time, just not permanently for the better” (Dienstag 2006: 19). Ribeyro también niega que el paso del tiempo traiga consigo necesariamente el progreso:

En la historia no existen reglas, no hay un progreso que va desde lo más rudimentario hasta lo más desarrollado, no hay una perfectibilidad en el hombre, en la sociedad. Un caso concreto: en Occidente, la Comunidad Económica Europea, conformada por varios países, daba a entender, cuando se formó, que iba a un periodo pacífico, pero de pronto surgió la guerra intestina y feroz en Yugoslavia (Coaguila 2018: 92).

Sin embargo, al contrario de lo que ocurre con los pesimistas desde la modernidad, Ribeyro contempla la posibilidad de un tiempo alternativo al lineal: “Tengo la tendencia a pensar que las cosas siempre se van repitiendo. Con diferentes nombres, en diferentes circunstancias, con otros pretextos, pero las situaciones son análogas” (Ribeyro 2015: 102). El narrador limeño repite la misma idea en una nota previa a su novela *Cambio de Guardia*, al justificar el interés que pueda generar su novela: “Si la publico ahora es porque las sociedades tienden a veces a efectuar movimientos pendulares o circulares y en estas condiciones lo pasado puede ser lo futuro, lo presente lo olvidado y lo posible lo real” (Ribeyro 2017: 11). Al ser consultado, por su biógrafo Jorge Coaguila, por esa nota y sobre si tiene una noción circular de la historia, Ribeyro responde que sí y dice que el

“sueño del socialismo desapareció y volvemos a un periodo de predominio capitalista, liberal. Pero eso no me convence mucho, porque Marx puede regresar [...] Ello llegaría a corroborar lo que digo: que la historia no es lineal, que hay el eterno retorno” (Coaguila 2018: 93).

Luego, Ribeyro comenta las fuentes de dicho pensamiento:

Como decía Friedrich Nietzsche y como decían muchos filósofos antes. Entre los orientales, incluso entre los pueblos precolombinos, siempre ha habido cierta tendencia, cierta línea de pensamiento en creer que la historia no es lineal sino circular (Coaguila 2018: 93).

La doctrina del eterno retorno de Friedrich Nietzsche, a la que hace referencia, propone que los mismos eventos se repiten a lo largo de la existencia. Arthur Danto hace la siguiente distinción:

Nietzsche really was saying, not that similar things go on happening, no that there are always similar instances falling under the same law, not anything which ordinary common sense might suppose him to have meant: he meant that the very same things keep coming back again and again, *themselves* and not mere simulacra of themselves. (1980: 203)

Sin embargo, los ejemplos que se encuentran en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* no proponen un retorno de los mismos sucesos. Más bien, la consideración de Ribeyro sobre la repetición a lo largo de la historia prefigura la propuesta del filósofo japonés Kojin Karatani: “Repetition in history does not signify the recurrence of the same events, for repetition is possible only in terms of form (structure) and not event (content)” (2012: 2). Karatani propone que hay una estructura que subyace a los hechos y que se repite a lo largo del tiempo; sin embargo, para Ribeyro, estos elementos que se repiten tienen una connotación negativa. Cito a continuación dos fragmentos de prosas que tocan este tema:

Los nombres cambian, pero las instituciones se perpetúan. Esos hoteles destartalados de calles como la Rue Princesse o la Rue des Orteaux, donde se alojan los peones que vienen del Mediterráneo, no son otra cosa que la versión moderna de los ergástulos romanos (Ribeyro, Prosa 17, 2019a:32).

El espectáculo que ofrece la historia antigua y actual es siempre el espectáculo de un juego cruel, irracional, imprevisible, ininterrumpido (Ribeyro, Prosa 23, 2019a: 37).

En ambos casos el paso del tiempo no ha traído consigo una mejora, al contrario, perpetúa aspectos negativos de la vida humana. Ribeyro manifiesta lo mismo con respecto a la esclavitud, en la entrevista que le hace Coaguila:

Creo que estamos regresando, por ejemplo, después de ser abolida, a la época de la esclavitud. Hay un retorno a los sistemas esclavistas desde una forma diferente. Un caso: todas esas personas que salen, emigran de sus países porque no tienen cómo vivir [...] llegan a convertirse, de algún modo, en esclavos al ser contratados y

colocados a trabajar en fábricas que les pagan el mínimo por jornadas de quince horas diarias (Coaguila 2018: 94).

Sin embargo, a pesar de que hay estructuras irracionales e injustas que se mantienen a lo largo de la historia, Dienstag explica que la postura pesimista no niega ciertas mejoras materiales a lo largo del tiempo:

Instead, they ask whether these improvements are inseparably related to a greater set of costs that often go unperceived. Or they ask whether these changes have really resulted in a fundamental melioration of the human condition (Dienstag 2006: 25).

Ribeyro plantea de forma similar que la crueldad se mantiene en la vida de los seres humanos, pero que ha cambiado de forma.

“Desde la Antigüedad hasta nuestros días existe un denominador común en el hombre: la crueldad. Esta no ha disminuido en nuestra época, sino que se ha delegado y se ha hecho por lo mismo casi invisible. Ahora existen ejecutores oficiales de la crueldad (policías, torturadores, cuerpos de choque, etc.) que la canalizan y la practican en forma reglamentada y generalmente clandestina” (Ribeyro 2019a: 52).

La cita de Dienstag y la prosa de Ribeyro tienen en común la idea de que los aspectos negativos de la vida se mantienen, a pesar de cambios superficiales que pueden muchas veces dar la falsa impresión de una mejora. Ciertamente Ribeyro, más allá de la circularidad, comparte con los pesimistas una visión negativa de la historia.

## 2. 3 Decadencia y muerte

Las *Prosas Apátridas* de Ribeyro adquieren a lo largo de las páginas un tono cada vez más oscuro, debido a su situación personal en el momento de escritura:

Hay un tono sombrío, eso es cierto. Y se va a notar aún más en las prosas que se van a añadir a las ya publicadas; porque las últimas prosas fueron escritas en la época en que yo atravesaba por una crisis de salud muy grave, que me puso prácticamente del otro lado de la barrera (Ribeyro 2015: 66).

Esta confesión aporta una explicación biográfica al predominio de la enfermedad y la muerte en dicha obra. En las cartas a su hermano Juan Antonio y en su diario son reiteradas las alusiones que hace a sus males físicos y al “cangrejo”, el cáncer que mermaría su salud. Estas referencias también están presentes en *Prosas Apátridas*, por ejemplo, en el final de la prosa 139, cuando Ribeyro imagina qué podría intercambiar para recuperar la salud: “Que mi plegaria de esta tarde se cumpliera, cuando vi pasar a un fornido obrero por la plaza y rogué: su estómago por cuarenta años de lecturas”. (Ribeyro 2019a: 115). Resuena en esta idea de

Ribeyro la afirmación del filósofo alemán Schopenhauer: “En especial la salud prevalece sobre todos los bienes exteriores hasta el punto de que un mendigo sano es verdaderamente más feliz que un rey enfermo.” (*Parerga I* 2009: 336). Esta visión de la enfermedad, como uno de los peores males, está presente en la prosa 43, en la que describe el estado de un compañero de trabajo al volver luego de su ausencia por una enfermedad:

Lo que viene de él es un resumen, un esbozo torpe de su antiguo ser, al punto que, cuando lo vemos no podemos reconocerlo [...] La enfermedad lo ha tajado, recortado, humillado, hundido, encorvado, pelado, aterrado, transformado en otro hombre que tiene probablemente el mismo registro civil y conserva su memoria, pero que ya no es el mismo gordo rubicundo y fumador, sino el espectro de su propia vejez, llegada anticipadamente a nosotros a través de un implacable recodo: el de la grave enfermedad (Ribeyro 2019: 49-50).

La decadencia corporal es un tema central: la enfermedad transforma radicalmente al sujeto, al acelerar el deterioro que trae consigo inevitablemente la vejez. Este es un proceso que Ribeyro conoció de primera mano, por la enfermedad que lo afectó y le causó mermas físicas, como atestigua la carta escrita a su hermano el 18 de septiembre de 1973:

Mi salud sigue con sus altibajos. Mañana debo ver a mi médico. Como de todo, pero con dificultad, a través de un esófago averiado, y mis indigestiones son prácticamente permanentes. En cuanto al peso, me estoy resignando a quedarme en los 48 kilos” (Ribeyro 2019b: 295).

Su enfermedad es el trasfondo de reflexiones como la que se lee en la prosa 163, en la que luego de describir cómo su hijo se alista para salir a un compromiso, Ribeyro escribe:

Ya para qué, ¿qué demonios hago aquí envejecido y enfermo, aburrido y cansado, si mi copia sale al mundo, limpio su cuerpo y sano de espíritu y se aventura tan jubilosamente a lo desconocido (2019a: 131).

Ribeyro establece un marcado contraste entre el hombre enfermo y el hijo sano, el hombre derrotado y el hijo lleno de expectativas. Un contraste similar, pero con un marcado carácter físico se encuentra en la prosa 109, en la que Ribeyro se encuentra en la isla de Capri, en Italia, tomando un café y observando a los veraneantes:

Hercúleos mozos que lucen sus muslos tostados y sus pectorales velludos; inefables niñas en *bluejeans* ajustados, más bellas que cualquier mármol florentino; pero sobre todo viejos panzones en pantalón corto, calcetines y sandalias, viejas pintarrajeadas en bikini con várices, celulitis y horribles colgajos de carne en el vientre y decrépitos ancianos ( 2019a: 97).

Esta es una de las pocas prosas en las que Ribeyro abandona su tono mesurado y lanza afirmaciones tajantes que expresan un profundo disgusto frente a lo grotesco y abyecto de la

decadencia corporal. Ribeyro es consciente del rechazo y disgusto que le suscita la vejez y comenta en una de sus respuestas por carta a Wolfgang Luchting, el 18 de Julio de 1975:

He tomado nota de lo que dices sobre *Prosas Apátridas*. Tu observación sobre cierta «inhumanidad» de mi parte al juzgar a las personas feas o con defectos físicos visibles es en parte justa. Pero qué quieres, yo quisiera que todo el mundo fuera hermoso, joven, sano y dichoso, y desgraciadamente no es así, empezando por mí mismo. La naturaleza reparte sus dones con avaricia y no los concentra más que en unos cuantos elegidos. Y no por mucho tiempo, además, pues envejecerán, se enfermarán y reventarán como perros (Ribeyro 2023: 236).

A partir de lo dicho en esta carta, se puede notar que las descripciones negativas de la apariencia de las turistas avejentadas o de la enfermedad del colega, esconden una proyección biográfica de los cambios que Ribeyro atraviesa por la aceleración de su enfermedad a partir de la década del setenta.

El tema de la muerte es recurrente en la reflexión filosófica desde la antigüedad:

In all the schools, for various reasons, philosophy will be especially a meditation upon death and an attentive concentration on the present moment in order to enjoy it or live it in full consciousness (Hadot 1995: 59).

En el caso de Ribeyro, la muerte está presente también en su obra narrativa. El cuento “Los otros” es parte de la última colección de relatos del cuentista limeño titulada *Relatos Santacrucinos*, un conjunto con un marcado trasfondo autobiográfico. El cuento rememora la vida y muerte temprana de aquellos conocidos del narrador que no llegaron a adultos, dado que murieron en su niñez o juventud. Las historias que detalla el narrador son la de una niña polaca que se ahogó en las aguas de un río a las afueras de Lima, de un niño que muere de peritonitis luego de un partido de fútbol escolar, de una niña que muere atropellada en Miraflores al salir del colegio y la de un compañero del narrador que fallece de anemia en un hospital. El cuento finaliza con la siguiente reflexión sobre “los otros”, los muertos:

Los otros ya no están. Los otros se fueron definitivamente de aquí y de la memoria de todos, salvo quizás de mi memoria y de las páginas de este relato, donde emprenderán tal vez una nueva vida, pero tan precaria como la primera, pues los libros y lo que ellos contienen se irán también de aquí, como los otros (Ribeyro 2018: 483-484).

La vida es precaria y fugaz; la muerte es una amenaza constante y todos, eventualmente, nos convertiremos en “los otros”: esta misma visión está presente en *Prosas Apátridas*.

Comentaré dos prosas que tienen una gran similitud con afirmaciones del filósofo francés Montaigne, quizá el pensador al que Ribeyro hace mayor referencia en sus escritos, como expliqué. Montaigne reflexiona sobre el tema en su ensayo “De cómo filosofar es aprender a morir”, en el que busca sustentar su hipótesis sobre el miedo a la muerte. En medio de sus

reflexiones, Montaigne afirma que las personas tratan de no pensar en la muerte y entre las razones menciona “que no hay hombre tan decrepito que no piense que aún le quedan veinte años en el cuerpo, mientras vea ante sí a Matusalem” (2016: 125). La prosa número tres de Ribeyro propone la misma idea:

Es comprensible que los hombres de cuarenta o cincuenta años sigan sintiéndose jóvenes, pues saben que todavía hay hombres de setenta u ochenta. Sólo cuando se llega a esta última edad comienzan a escasear los puntos de referencia por la cima. Los octogenarios se sienten pocos, es decir solos, viejos (2019a: 23).

Montaigne dialoga consigo mismo: “según la marcha normal de las cosas, vives desde hace tiempo por extraordinario favor. Has traspasado los límites acostumbrados del vivir” (2016: 125). Ribeyro hace eco de la misma reflexión en la prosa 148: “Mi capital de vida está ya gastado y estoy viviendo al crédito. Crédito que me da el destino por distracción, por piedad, por curiosidad” (2019a: 120). En ambos autores encontramos la certeza de estar viviendo tiempo prestado. En el caso de Montaigne, por haber alcanzado una cierta edad y en el de Ribeyro, por vivir por tantos años enfermo. A diferencia de la mayoría de personas, ambos son conscientes de que la muerte es un horizonte cercano. Por otro lado, la indolencia de los seres humanos ante la muerte está presente en la prosa número 28:

Despreocupados, indiferentes, vacan a sus ocupaciones, sus rutinas, sus errores, sus deleites o sus vicios. ¿Ignoran acaso que no hollan terreno seguro, que vivimos en permanente toque de queda, que a la vuelta de cada esquina nos acecha lo invencible? No han meditado seguramente la frase de *La Celestina* «*La muerte nos sigue y nos rodea y hacia su bandera nos acercamos, según natura*» (Ribeyro, 2019a: 40).

Ribeyro pone de manifiesto la inevitabilidad de la muerte y su omnipresencia, factores que no impiden que la muerte sea ignorada por el resto de seres humanos. Esta idea es bastante recurrente en Montaigne, quien luego de recordar las diversas maneras cotidianas en las que muchos personajes históricos murieron, se pregunta “¿Cómo es posible que teniendo a la vista estos ejemplos tan frecuentes y ordinarios, podamos librarnos de la idea de la muerte y no nos parezca a cada instante que nos agarra por el pescuezo?” (2016: 126). Una reflexión similar se plantea en la prosa 128, en la que, a pesar de la muerte de sus vecinos, Ribeyro constata que la vida sigue su curso:

Hace una semana una anciana del último piso, días atrás el portero del edificio, ayer el vecino de los altos: regularmente esta casa va evacuando a sus muertos. Ellos veían por su ventana la plaza que yo veo, empujaban con su mano el portón que yo empujo, subían con sus pies la escalera que yo subo, saludaban con su «*Bonjour*» a los inquilinos que yo saludo. Ahora ni ven, ni empujan, ni suben, ni saludan. Y no ha pasado nada (Ribeyro 2019a: 108).

Lo mismo reconoce Blas Pascal, autor que Ribeyro leyó y al que también hace referencia en sus diarios. Pascal, afirma en sus *Pensamientos*, libro en el que reflexiona sobre la condición humana y la religión, que los seres humanos eligen no pensar en la muerte, dado que hacerlo les resulta muy doloroso: “I found that there was a truly powerful one which lies in the natural unhappiness of our feeble, mortal condition, so wretched that nothing can console us when we think about it closely” (1999: 44-45). Sin embargo, como menciona Montaigne, los seres humanos solo piensan en la muerte cuando la sienten aproximarse:

Nuestros parlamentos envían a menudo a los criminales a que los ejecuten en el lugar en que cometieron el crimen: ¿creéis que durante el camino, por mucho que los paseen ante hermosas mansiones, por muy bien que los reciban, [...] podrán gozar de ello? (2016: 123-124).

En el caso de Ribeyro, la referencia constante a la muerte en sus *Prosas Apátridas* puede explicarse porque, al igual que los condenados a los que se refiere Montaigne, siente la muerte muy cerca, debido a su débil estado de salud.

Además, Ribeyro reconoce que la inevitabilidad de la muerte es una idea central en la historia del pensamiento occidental:

La especie humana tiene sus certezas, se diría extraindividuales, pues las repiten, casi con las mismas palabras, autores a los que separan no sólo siglos, sino milenios. Séneca, Manrique, Montaigne, Quevedo, Heidegger, para citar sólo algunos, insisten en recordarnos una verdad esencial que a menudo olvidamos: la presencia de la muerte en nuestra vida (Ribeyro, Prosa 130, 2019a:109).

La muerte siempre está presente y desde nuestro nacimiento nos encaminamos a ella, como recuerda Ribeyro citando a Montaigne en la misma prosa: “Citaré sólo a Montaigne, pues resume el sentir de todos en la forma más clásica y al mismo tiempo más moderna: «El primer día de nuestro nacimiento nos encaminamos a la muerte»” (2019a: 110). Séneca, otro de los filósofos mencionado en esa misma prosa tiene una reflexión en el mismo sentido:

¿A quién me nombrarás que conceda algún valor al tiempo, que ponga precio al día, que comprenda que va muriendo cada momento? Realmente nos engañamos en esto: que consideramos lejana la muerte, siendo así que gran parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto de nuestra vida queda atrás, la muerte lo posee (1968: 96).

Los pensadores pesimistas reconocen que la muerte es inevitable y que durante nuestras vidas nos encaminamos hacia ella. Además, frente a la muerte todo quehacer humano parece insignificante, como plantea Arthur Schopenhauer, uno de los máximos exponentes del pesimismo:

El artificioso y complicado mecanismo del organismo humano, tiene que descomponerse en polvo, y así al final todo su ser y su afán se entregarán de forma

patente a la aniquilación; — esa es la inocente declaración de la naturaleza, siempre verdadera y sincera: que todo el afán de esa voluntad es en esencia nulo. Si fuera algo valioso en sí mismo, algo que debiera ser incondicionalmente, entonces no tendría como fin la inexistencia (*Parerga II* 2009: 304).

La vida queda teñida de insignificancia ante la certidumbre de la muerte. Esta insignificancia también es resaltada por Montaigne, quien plantea que no debe preocuparnos si la muerte llega demasiado pronto: “por mucho que viváis no rebajaréis en nada el tiempo que estaréis muertos; es en vano: estaréis tanto tiempo en ese estado que teméis como si hubieras muerto niños de pecho” (2016: 135). Ribeyro, por su lado, en la prosa 90 llega a la misma conclusión:

¿La vida sería entonces, contra todo lo dicho, a causa de su monotonía, demasiado larga? ¿Qué importancia tiene vivir uno o cien años? Como el recién nacido, nada vamos a dejar. Como el centenario, nada nos llevaremos, ni la ropa sucia, ni el tesoro (Ribeyro 2019a: 87).

Esta idea de la insignificancia de los afanes humanos vistos a la luz de la muerte también la encontramos en *Dichos de Luder*: “- ¡No te des tanta prisa! - le reprocha Luder a un amigo que tiene la costumbre de andar siempre muy rápido—. De todas maneras vas a llegar puntualmente a la hora de la cita que tienes concertada con la muerte” (Ribeyro 2014: 21). De nuevo se transmite la certeza de que la muerte marca todos los afanes humanos con un tinte de insignificancia y pequeñez. Además, el dicho de Luder es muy cercano a una formulación de Ribeyro en una carta que dirige a su hermano el 5 de Julio de 1970: “¿Para qué darse tanta prisa, me pregunto yo, si de todas maneras llegaremos a la hora de la cita con la muerte?” (Ribeyro 2019b: 256). Se vuelve a manifestar la identificación entre Luder y Ribeyro, además de mostrar hasta qué punto la obra no ficcional de Ribeyro está muy relacionada entre sí.

## 2.4 El absurdo

El absurdo es una noción que nace en la filosofía, pero que, como señala Neil Cornwell, ha ido ganando mayor terreno en el campo de la literatura (2006: 2). Lo absurdo surge ante la pérdida del sentido de trascendencia del ser humano:

«Absurdity,» or, alternatively, «the Absurd,» generally refers to the experience of groundlessness, contingency, or superfluity with respect to those basic aspects of the «human condition» that seem as if they should be open to rational justification (Sherman 2006: 271).

La contingencia que menciona Sherman, es decir, la idea de que no existe una necesidad que justifique la existencia humana ni sus acciones, lleva a una falta de sentido, a la que también hace referencia la siguiente definición del absurdo: “A term derived from the existentialism of Albert Camus, and often applied to the modern sense of human purposelessness in a universe without meaning or value” (Baldick 2001: 1). Tal como menciona Baldick, el absurdo es asociado principalmente con Albert Camus, autor al que haré referencia en este apartado y al que Ribeyro leyó, como demuestran varias entradas en su diario:

Lecturas intensas. Diarios íntimos de Kafka, Charles du Bos, André Maurois, André Gide, Barbey d' Aurevilly. Poesía: Mallarmé, Milosz, Geraldly. Otros: Camus, Curtius, Alain Fournier, Jean - Louis Curtis, Dostoievski (Ribeyro 2003: 50).

Albert Camus escribe en el contexto de la filosofía existencialista, que está estrechamente asociada con la noción del absurdo. El existencialismo surge luego de la Segunda Guerra Mundial en Francia, como una reacción ante la necesidad de enfrentarse a aspectos inquietantes de la condición humana como la muerte, la libertad y la falta de sentido. Sin embargo, el existencialismo fue precedido por el surgimiento del nihilismo en el siglo XIX en Europa, cuando la visión religiosa fue en gran parte remplazada por una visión secular y científica. Este cambio implicó el surgimiento de experiencias representativas de la modernidad, como la ansiedad, la alienación y el aburrimiento (Aho 2023). David Cooper resume la postura de los filósofos existencialistas señalando que ellos reconocen que los seres humanos sienten una sensación de extrañamiento ante el mundo, causada porque a diferencia de los animales, las plantas y todos los objetos del mundo, tienen la capacidad de reflexión y de autoconciencia. Sin embargo, los seres humanos tienen un vínculo innegable con el mundo que los rodea, dado que ambos son impensables sin el otro: el mundo de las cosas se explica en base a la relevancia que tiene para los propósitos humanos. A partir del reconocimiento de la situación de las personas en el mundo, los existencialistas postulan que los seres humanos poseen una libertad radical que conlleva una responsabilidad hacia la vida que desean llevar (Cooper 2012: 29-30).

Ribeyro viaja a Europa en 1952 y luego de una corta temporada en España, se muda a París, donde el existencialismo florecía:

Few if any other modern Western philosophical movements have had as strong an impact on the general culture as has existentialism. The epicenter of this impact was certainly Paris, especially the Latin Quarter of Paris” (Mcbride 2012: 50).

El amigo de Ribeyro, Benjamín Moncloa, cuenta lo siguiente en la biografía de Ribeyro:

Era la época del existencialismo. Jean Paul Sartre, Albert Camus y Simone de Beauvoir solían frecuentar entonces Les Deux Magots y Café de Flore, en el bulevar Saint-Germain. Uno los podía ver sentados, en sus mesas, escribiendo, charlando (Coaguila 2021: 107).

Además de la coincidencia de tiempo y lugar, el existencialismo como corriente filosófica es afín a la sensibilidad de Ribeyro, como se puede observar en la siguiente cita de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy* :

Against a philosophical tradition that privileges the standpoint of theoretical detachment and objectivity, existentialism generally begins *in medias res*, amidst our own situated, first-person experience. The human condition is revealed through an examination of the ways we concretely engage with the world in our everyday lives and struggle to make sense of and give meaning to our existence (Aho 2023).

El pensamiento existencialista resuena en *Prosas Apátridas*; en este libro, efectivamente, Ribeyro parte generalmente de la experiencia personal, de observaciones que él hace en su día a día. Por ejemplo, cuando se asoma a la plaza frente a su casa, cuando observa los parques parisinos o cuando se queda solo y aburrido en su casa. No se trata de una reflexión abstracta que revele el sentido profundo de la existencia, sino de una búsqueda desde la propia experiencia. Sin embargo, existe una diferencia importante entre la postura de algunos filósofos existencialistas y Camus y Ribeyro:

A main ambition of Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty, and other existentialists is to establish that human beings are not, in reality, estranged from their world: far from the world being set over against us, it is unimaginable except in relation to us. For Camus, on the other hand, a human being is indeed «an alien, a stranger ... his exile» from the world «without remedy» – a world that maintains a total and «unreasonable silence» in the face of our efforts to understand it (Cooper 2012: 31).

Al igual que en el caso de Camus, en Ribeyro, como voy a mostrar a continuación a partir de la noción del absurdo, el extrañamiento ante el mundo no se resuelve. Sin embargo, cabe mencionar, antes de ahondar en el sentido filosófico y literario del término de lo absurdo, que este tiene también un uso común y cotidiano:

In ordinary life a situation is absurd when it includes a conspicuous discrepancy between pretension or aspiration and reality: someone gives a complicated speech in support of a motion that has already been passed; a notorious criminal is made president of a major philanthropic foundation; you declare your love over the telephone to a recorded announcement; as you are being knighted, your pants fall down. (Nagel 1971: 718)

Un aspecto clave en todas las descripciones de lo absurdo, incluida la más cotidiana, es que incluye una discrepancia. En el caso de la definición cotidiana que da Nagel, esta discrepancia se da entre las pretensiones de las personas y un hecho concreto de la realidad.

La concepción cotidiana de lo absurdo está presente en la prosa 6, en la que Ribeyro describe la siguiente situación:

Un hombre que vino a la agencia para proponer algo aparentemente muy sensato: reunir a los grandes jefes de Estado, al Papa, al secretario general de la ONU, etc., en torno a una Paella universal donde se resolverían amigablemente los problemas mundiales (Ribeyro, 2019a: 25).

Sin embargo, en una concepción más filosófica del absurdo, la discrepancia no se siente en una situación particular, sino que abarca toda la existencia. Históricamente la noción filosófica del absurdo tiene su explicación más conocida en *El mito de Sísifo*. El absurdo, según Camus, es una sensación que surge de manera repentina cuando los seres humanos empiezan a cuestionar las razones tras sus actos, cuando buscan un sentido tras la rutina que repiten día tras día (Camus 2006: 24). En “La Insignia”, uno de los cuentos de Ribeyro que pertenece a la tradición de lo absurdo según Nehemías Vega (2009: 98), el protagonista usa una insignia que encontró tirada, a partir de ese momento, le ocurren sucesos extraños que lo llevan hasta la misteriosa reunión de un grupo de naturaleza impenetrable. Al finalizar la reunión, el orador principal le hace una seña, conversa con él y le da el primero de muchos encargos extravagantes. Mientras el protagonista los cumple, va subiendo en el escalafón de la organización, hasta que, tiempo después, llega a ser presidente del grupo, sin llegar nunca a saber cuál es su fin. En este cuento el protagonista nunca encuentra respuestas a sus cuestionamientos y no logra encontrar un sentido a sus acciones. Sin embargo, decide tomar una actitud pragmática y continuar escalando exitosamente los escalafones de la organización. Peter Elmore señala la relación entre este cuento y los relatos de Franz Kafka:

El relato no consiente su reducción a una alegoría del universo institucional o burocrático, pero sin duda ese es el sustrato vital de la historia; de hecho, a él se debe el aire de familia que une «La insignia» a los cuentos de Kafka y Gogol (2002: 55).

Además de dicha alegoría, la situación del protagonista de “La insignia” recuerda a la de Josef K. en la novela “El proceso” de Kafka. Así como en el relato del escritor peruano el protagonista no conoce el sentido de su organización, Josef K. nunca sabe los motivos por los que ha sido detenido, nunca logra descubrir los designios de la justicia. En ambos casos hay razones superiores a las que no se puede acceder.

Esta sensación de absurdo al no encontrar un sentido tras las acciones, también está presente en *Prosas Apátridas*:

Nosotros tenemos una concepción finalista de nuestra vida y creemos que todos nuestros actos, sobre todo los que se repiten, tienen una significación escondida y

deben dar algún fruto. Pero no es así. La mayor parte de nuestros actos son inútiles, estériles (Ribeyro, Prosa 138, 2019a: 114).

La sensación del absurdo está ejemplificada en esta prosa: por un lado, se tiene la esperanza en que nuestros actos tengan sentido, pero por otro lado, Ribeyro reconoce que la mayoría de ellos no lo tienen. La falta de respuestas ante las preguntas por el sentido de las acciones humanas es una de las causas de la separación entre el ser humano y su entorno: “ Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es propiamente el sentimiento de lo absurdo” (Camus 2006: 16). Una reflexión similar está presente en la prosa 80: “A cierta edad, que varía según las personas pero que se sitúa hacia la cuarentena, la vida comienza a parecernos insulsa, lenta, estéril, sin atractivos, repetitiva, como si cada día no fuera sino el plagio del anterior” (Ribeyro 2019a: 76-77).

Por otro lado, es importante hacer una precisión. Camus intenta describir en *El mito de Sísifo* sensaciones que puedan “contener el absurdo” (2006: 25), como menciona en un pie de página. Esa sensación puede surgir repentinamente, ante la subita falta de sentido, como he mencionado, pero además puede ser generada por otras causas; la principal es el paso del tiempo y el reconocimiento de que eventualmente moriremos

Vivimos del porvenir: “mañana”, “más tarde”, “cuando tengas una posición”, “con el tiempo comprenderás”. Estas inconsecuencias son admirables, pues, al fin y al cabo, se trata de morir. Llega, no obstante, un día en que el hombre hace constar o dice que tiene treinta años. Así afirma su juventud. Pero al mismo tiempo se sitúa en relación con el tiempo. Ocupa en él su lugar. Reconoce que se halla en cierto momento de una curva que confiesa debe recorrer (Camus 2006: 25).

He mostrado en la sección anterior, que en Ribeyro está presente una conciencia constante de la muerte como fin de la existencia. Para Camus este reconocimiento lleva a la sensación de absurdo. Otro elemento que nos conduce a la misma sensación es la falta de conocimiento sobre el funcionamiento del mundo. Camus explica que la “confrontación entre el llamamiento humano y el silencio irrazonable del mundo” (2006: 41) causa la sensación de absurdo. Es decir, la confrontación entre el deseo humano por saber y la falta de respuestas nos genera una sensación de absurdo, lo que nos regresa a la noción de escepticismo en Ribeyro y la imposibilidad de discernir la verdad. Esta contraposición lleva a que los seres humanos nos sintamos extraños: “Un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar” (Camus 2006: 16). Para Camus y para Ribeyro, los seres humanos buscamos respuestas y explicaciones a los fenómenos de la realidad, para poder sentirnos más cómodos en el mundo.

Por otro lado, Nagel comenta lo siguiente:

If there is a philosophical sense of absurdity, however, it must arise from the perception of something universal -some respect in which pretension and reality inevitably clash for us all. This condition is supplied, I shall argue, by the collision between the seriousness with which we take our lives and the perpetual possibility of regarding everything about which we are serious as arbitrary, or open to doubt. (1971: 718)

En *Prosas Apátridas* aparece este último elemento mencionado por Nagel, ya que Ribeyro describe a sujetos que llevan a cabo sus actividades con gran seriedad e importancia, para finalizar mostrando de manera irónica la arbitrariedad y el sinsentido de dichas actividades. Por ejemplo, en la Prosa 110, Ribeyro comenta que una propietaria, le reclama con mucho ahínco que la compense por algunos daños que dejó en el departamento que le alquilaba y le pide que tenga en cuenta que ella y su marido recién están comenzando. Ribeyro encuentra en esta fórmula la confesión de que ella es consciente de estar empezando una vida dirigida hacia la acumulación de bienes y la estabilidad económica, basada en la inflexibilidad hacia los demás para “al cabo de veinte o treinta años, llegar a ser una vieja rica, odiosa y pertrechada, instalada confiadamente en el engaste de un patrimonio inmobiliario y bursátil, lo que no la libraría sin embargo ni de la pequeñez, ni del olvido, ni de la muerte” (Ribeyro 2019a: 98). La seriedad con que la mujer va a emprender sus negocios, contrasta con su condición percedera, que comparte con todos los seres humanos. En la prosa 157, también se resalta la banalidad de la existencia humana, al compararla con un caracol que observa en la plaza frente a su residencia: “¿Adónde querrá ir, el pobre? ¿Quién lo esperaba? ¿Qué tramaba su pequeño magín? Desamparado animalito, como tú, como yo, como cualquiera” (Ribeyro, *Prosas* 2019a: 127). Ribeyro observa al caracol, con la distancia e ironía con que observa a las personas.

Por su parte, Nagel profundiza en su descripción del absurdo y explica que dicha sensación surge cuando damos un “paso atrás”, para observar nuestros quehaceres y ajetreos cotidianos, dándonos cuenta de nuestra verdadera situación. Normalmente, al ser cuestionados por nuestros motivos, creamos una cadena de razones para justificar nuestras acciones y encontrarles un sentido. En el caso de la prosa sobre la joven propietaria, ella seguramente justifica sus acciones como parte de un plan para adquirir progreso económico y estabilidad. Pero, Nagel comenta que al dar un “paso atrás” el ser humano se da cuenta que toda la cadena de justificaciones se basa en hábitos que no se cuestionan, en pura costumbre (Nagel 1971: 720). En la prosa citada, la joven no da ese paso, pero el narrador lo da por ella. El paso atrás que menciona Nagel se puede relacionar con la actitud de observación de Ribeyro en *Prosas Apátridas*. Ribeyro es capaz de ver los hábitos y costumbres humanas desde una perspectiva

privilegiada, y descubrir la insignificancia que muchas veces se esconde tras toda empresa humana.

Volviendo al planteamiento de Camus, él afirma que autores como Jaspers, Chestov y Kierkegaard, parten de reconocer el absurdo, pero llevan a cabo un salto injustificado para proponer una conclusión edificante, normalmente en base a algún sentido religioso. Sin embargo, Ribeyro no busca un sentido divino o espiritual. Con él ocurre lo mismo que con Camus y con el escritor checo Franz Kafka:

Schopenhauer puso sus esperanzas en la religión y Kierkegaard hizo lo propio. Pero ni Camus ni el propio Kafka van por ese camino, y eso convierte su planteamiento en novedoso. El absurdo no es un problema a solucionar sino una condición humana con la cual hay que aprender a vivir, como una enfermedad incurable (Manrique 2022: 328).

Ribeyro reconoce el absurdo, pero no plantea ninguna manera de convertirlo en un reconocimiento edificante o que lleve a algún sentido de trascendencia.

## 2.5 Ennui

En los textos de Ribeyro, el pesimismo se relaciona con el aburrimiento metafísico, caracterizado como el *ennui* de la tradición literaria francesa. Antes de comentar los textos de Ribeyro, es importante diferenciar el aburrimiento común del *ennui*. Para Patricia Meyer Spacks, el aburrimiento común surge cuando algo esperado no ocurre (1995: 5). Reinhard Kuhn lo describe de la siguiente manera: “It is a temporary state dependent almost entirely on external circumstances. When the conditions that make for this frame of mind cease, as they always do, the forced inactivity of the mind comes to an end as well” (1972: 5). Sin embargo, a diferencia del aburrimiento, el *ennui* no es un sentimiento momentáneo, ni depende de condicionantes externos: “Ennui implies a judgment of the universe; boredom, a response to the immediate.” (Meyer – Spacks 1995: 12). El *ennui* es un tipo de aburrimiento relacionado con la condición humana, implica el reconocimiento de la insuficiencia en la vida humana. La historia del *ennui* como motivo literario no es reciente. Es un motivo que se desarrolla a partir del concepto cristiano de acedia, que en la Edad Media se seculariza y aparece en la literatura popular. Más adelante, en el siglo diecisiete, el motivo del *ennui* se encuentra tanto en autores religiosos como Pascal, como en escritores seculares como La Rochefoucauld (Kuhn 1972: 376). Además, es un motivo recurrente en autores franceses del siglo diecinueve que Ribeyro conoce, como Charles Baudelaire y Paul Valery. Finalmente, en el siglo veinte:

“ennui is not one theme among others; it is the dominant theme, and, like a persistent obsession, it intrudes upon the works of most contemporary authors” (Kuhn 1972: 331).

Una primera característica del motivo del *ennui* es que afecta tanto al espíritu como al cuerpo:

Its manifestations are both spiritual and physical. Baudelaire, to emphasize the physical aspects of ennui, often prefers to use the English word «spleen.» Flaubert, in his letters to Louise Colet, speaks of the «nausea of ennui» and frequently refers to it as a «leprosy of the soul» (Kuhn 1972: 12).

Una segunda característica es que el *ennui* no depende de circunstancias exteriores. Esta característica está bien ejemplificada en el final de la prosa 84, en la que Ribeyro se encuentra solo, de noche, en una taberna:

¿Esperando qué? Eso, el milagro, un azar, un encuentro, un soplo de misterio o de poesía. Pero nada. A la tercera copa apago mi cigarrillo y me voy, no vencido, sino avergonzado por haber creído que aún cabe aguardar en este mundo trivial la irrupción de lo maravilloso (Ribeyro 2019a: 79).

No hay nada que pueda hacer desaparecer la sensación del *ennui*. El mundo es incapaz de ofrecer algo que rompa con el tedio. Una sensación similar es descrita por Ribeyro en la prosa número 90:

Nos paseamos como autómatas por ciudades insensatas. Vamos de un sexo a otro para llegar siempre a la misma morada. Decimos más o menos las mismas cosas, con algunas ligeras variantes. Comemos vegetales o animales, pero nunca más de los disponibles, en ningún lugar nos sirven el Ave del Paraíso ni la Rosa de los Vientos. Nos jactamos de aventuras que una computadora reduciría a diez o doce situaciones ordinarias (2019a: 87)

La vida aparece como repetitiva, rutinaria y tediosa. La sensación de *ennui* es inevitable para quien reduce cualquier experiencia humana a una simple repetición. Sin embargo, incluso si se presentase una situación extraordinaria, el ser humano que sufre el *ennui* no podría disfrutarla. Esto es lo que plantea Kuhn:

This condition is usually characterized by the phenomenon of estrangement. In the state of ennui the world is emptied of its significance. Everything is seen as if filtered through a screen; what is filtered out and lost is precisely the element that gives meaning to existence (1972: 12).

La sensación de extrañamiento que menciona Kuhn, recuerda al existencialismo y a la separación que se genera inicialmente entre el ser humano y su entorno. Un ejemplo de este autor ilustra en qué consiste esta sensación de extrañamiento:

Music is no longer an aesthetic world of sound, but a series of notes. Instead of a painting, one sees only a conglomeration of meaningless colors on a canvas; a book becomes a series of words, one strung after the other. It is a sensation very similar to that of watching a television program with the sound turned off. Gestures that when

joined with words make sense become meaningless when seen alone (Kuhn 1972:12-13)

En el ejemplo, todo parece vaciado de significado y reducido a su condición material. Esta descripción recuerda la mirada de Ribeyro, que describí en la sección dedicada a la perspectiva en el primer capítulo de esta tesis. Justamente, mostré que Ribeyro, en más de una ocasión, lamenta no tener una mirada transparente sobre los fenómenos, sino una mirada que los disecciona y los vuelve extraños. La prosa 61, que transcribo íntegra, transmite una sensación muy similar a la descripción de Kuhn:

Esas mañanas nulas, canceladas, en las que escucho música sin oírla, fumo sin sentir el sabor del tabaco, miro por la ventana sin ver nada, pierdo en realidad todo contacto con la realidad sin que por eso acceda a un mayor contacto conmigo mismo, esas mañanas, ni en el mundo ni en mi conciencia, floto en una especie de tierra de nadie, un limbo donde están ausentes las cosas y las ideas de las cosas, y no me dejan otro legado, esas mañanas, que una duración sin contenido (Ribeyro 2019a: 61-62).

Entre el mundo y el sujeto se establece una distancia insalvable. Ribeyro se siente ajeno al mundo y a todo lo que lo rodea, como en la prosa 89, en la que reporta que se siente imposibilitado para el disfrute:

Libros que no se quiere leer, discos que no se tiene el tiempo de escuchar, cuadros que no apetece mirar, vinos que hace daño beber, cigarros que tenemos prohibido fumar, mujeres a las que se carece la fuerza de amar, recuerdos sin ánimo de consultar, amigos a quienes no hay nada que preguntar y experiencias que no hay forma de aprovechar (2019a: 84).

Ribeyro padece el *ennui*, exacerbado por los impedimentos de su salud, lo que lo lleva a un estado en que aparece enajenado de su entorno y de sí mismo. En ambas prosas, el sujeto sufre un vacío existencial. El tedio se ha convertido en *ennui*, actitud que constituye la subjetividad. Como planteé al inicio de este capítulo, el pesimismo plantea que el mundo resulta insuficiente para cumplir los deseos humanos. El *ennui* se relaciona con esa visión, en tanto convierte en insuficientes todas las distracciones, placeres e incluso el placer estético de las obras de arte.

Por otro lado, el *ennui* se relaciona con la valoración de ciertos grupos sociales:

Middle-class boredom, often associated with idleness, and middle-class attributions of boredom to members of other groups reveal with peculiar distinctness certain forms of boredom's social utility (Meyer – Spacks 1995: 6).

Ribeyro, escritor y funcionario de organizaciones internacionales, pertenece a la clase media; juzga desde su punto de vista a la clase más adinerada y también a la clase trabajadora. A diferencia de la clase trabajadora que manifiesta un aburrimiento pedestre, marcado por la

pobreza espiritual e intelectual, el *ennui* coloca al sujeto en un lugar digno. Ribeyro comenta al observar a un par de barrenderos del metro de París:

Los dos barrenderos franceses de la estación del metro, con sus overoles azules, hablando en argot, gruñendo más bien, acerca de su trabajo. ¿En qué los ha beneficiado la Revolución francesa? Escala ínfima de los ferroviarios. Inútil preguntarles qué opinan sobre la guerra de Vietnam o la fuerza nuclear. Son justamente los tipos que hacen fracasar los sondeos de la opinión pública [... ] Es cierto que 1789 produjo la burguesía más inteligente del mundo, pero al mismo tiempo miles de charcuteros, de conserjes y de barrenderos de metro (Prosa 26, 2019a: 38-39).

En esta prosa se puede reconocer que Ribeyro les atribuye a los dos barrenderos una vida intelectual bastante pobre. Ambos no hablan sobre su trabajo, sino que “gruñen”. Además, menciona que son “miles”, uniformizándolos y convirtiéndolos en un modelo social. Como menciona Elmore:

Para Ribeyro, que escribe después de las pesadillas laberínticas de Kafka y las utopías atroces de Orwell o Karel Capel, la gran ciudad circunda al individuo con un vacío siniestro: el de la uniformidad de la cultura de masas, que en tiempo de Baudelaire recién empezaba a propagarse (2002: 153).

En la siguiente prosa Ribeyro ilustra hasta qué punto la uniformización convierte a los seres humanos en sujetos determinados por su función social:

El pequeño comerciante francés está tan identificado con su negocio que, cuando sale de él, pierde su personalidad [...] Diríase que ellos sólo existen en función de los objetos que manipulan y dentro del contexto de una actividad determinada (Prosa 41, 2019a: 48).

Por otro lado, Reinhard Kuhn comenta una característica principal de los que sufren el *ennui*: “The body of works dealing wholly or partially with this theme represents an exceedingly rich field, for, if there is one trait that most victims of boredom have in common, it is the desire to express in writing their state of mind.” (1972: 4) En la prosa 115, se observa cómo la sensación de *ennui* y la escritura de Ribeyro están íntimamente ligadas.

Quizás por eso escribo páginas como ésta, para dejar señales, pequeñas trazas de días que no merecían figurar en la memoria de nadie. En cada una de las letras que escribo está enhebrado el tiempo, mi tiempo, la trama de mi vida, que otros descifrarán como el dibujo en la alfombra (Ribeyro 2019a: 101).

La sensación de *ennui* es central en la escritura de Ribeyro, forma parte de la subjetividad que atraviesa sus textos. Esta sensación permea sus escritos reflexivos y también sus textos biográficos.

La postura vital que Ribeyro trasluce en *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* tiene elementos del escepticismo y el pesimismo, además de estar marcada por el absurdo y el *ennui*. Dicha

postura explica la predilección de Ribeyro por géneros reflexivos como su diario o las obras reseñadas en esta tesis, debido a que implica una distancia entre él y su entorno. Esta separación se basa en la imposibilidad de reconocer la verdad debido a su carácter escéptico y en su visión pesimista, que entraña una discrepancia entre lo que el ser humano desea y lo que puede obtener en el mundo. Asimismo, la sensación de absurdo debido a la carencia de justificaciones para las acciones humanas, explica el extrañamiento de Ribeyro hacia su entorno. Finalmente, el *ennui* ilustra esta distancia y extrañamiento: Ribeyro se siente, por muchos momentos, alejado y enajenado de la realidad y de todo lo que lo rodea.

## Conclusiones

A lo largo de esta tesis demuestro que los textos de *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* dialogan con la tradición filosófica, en particular con tópicos del escepticismo y el pesimismo. Analicé también algunos de los cuentos representativos de su obra narrativa, su diario y sus entrevistas, para mostrar que el escepticismo y el pesimismo forman parte de su visión y atraviesan sus diversos escritos ficcionales y no ficcionales.

La relación entre *Prosas Apátridas* y *Dichos de Luder* con ambas corrientes filosóficas está presente no solo en el contenido: la forma fragmentaria de los textos del corpus se vincula con la imposibilidad de Ribeyro por captar la realidad como un todo congruente. Está relacionada con el escepticismo, dado que niega la posibilidad de transmitir una verdad única y coherente.

Julio Ramón Ribeyro desarrolla ambas posturas mediante intuiciones, imágenes y reflexiones que surgen tanto de sus lecturas como de su experiencia vital y no a través de especulaciones teóricas. El escepticismo de Ribeyro se asemeja al escepticismo antiguo en tanto ambos son de carácter práctico, aunque el suyo no lo lleva a la tranquilidad asociada a la *ataraxia*. Asimismo, en reiteradas ocasiones Ribeyro atribuye su escepticismo a su constitución psicológica. Además, en cuanto al pesimismo, los duros períodos de enfermedad por los que pasó el escritor peruano repercutieron en sus especulaciones sobre la vejez y en su conciencia permanente de la muerte.

Tanto el escepticismo como el pesimismo llevan a un distanciamiento entre Ribeyro y su entorno. En ciertos momentos, su mirada y su inteligencia convierten a los objetos en símbolos: él cree acceder en esos instantes a lo esencial de las cosas y, sin embargo, esas

ocasiones se le hacen insoportables y lo enajenan del mundo. Lo mismo sucede cuando sufre de *ennui*, un aburrimiento dignificado que acusa las insuficiencias de la existencia.

En lo que respecta al escepticismo, como se desarrolla en el primer capítulo, Ribeyro manifiesta una ambigüedad: por un lado subraya los aspectos positivos de una búsqueda constante de conocimiento; por otro lado, se muestra decepcionado ante el hecho de no haber encontrado certezas en la vida. Además, le resulta imposible elegir entre dos posturas contradictorias, por lo que la duda tiene un rol crucial en su escepticismo. Esta falta de convicciones lo llevó a renunciar a participar en la política, a diferencia del resto de los escritores latinoamericanos de la época.

Al finalizar el primer capítulo expliqué la importancia que tienen la mirada y la perspectiva en el escepticismo de Ribeyro: la distancia determina la impresión que los objetos tienen sobre los sujetos, idea que es parte de la tradición escéptica desde la antigüedad; sin embargo, también factores internos como la mirada, determinan nuestro acceso a la realidad.

En el segundo capítulo muestro cómo se relaciona el pesimismo filosófico con *Dichos de Luder* y *Prosas Apátridas*. El pesimismo implica una falta: los seres humanos queremos y esperamos cosas que no vamos a obtener. Esta postura se expresa en toda la obra de Ribeyro y en muchas ocasiones está reflejada por la soledad de los personajes. Por otro lado, Ribeyro niega un progreso lineal de la historia, que traería consigo una mejora material o espiritual y plantea, en cambio, una visión circular de la historia: las estructuras históricas se repiten, pero con una connotación negativa. Además, el tiempo destruye todo lo que nos es preciado: trae consigo la vejez, el declive físico y la muerte. Esta última aparece representada en los textos analizados como el destino compartido que todos los seres humanos optan por ignorar y como una presencia omnipresente que nos acecha todo el tiempo. Además, Ribeyro hace explícito que son muchos los filósofos que han reflexionado y escrito sobre la muerte, llegando todos ellos a conclusiones similares.

La noción existencialista del absurdo, relacionada con la rutina, el sinsentido y la falta de respuestas ante las interrogantes de los seres humanos atraviesa también la obra de Ribeyro. Finalmente, el *ennui* es central en la postura del enunciador de *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder*,

A lo largo de la tesis, he demostrado que tanto *Prosas Apátridas* como *Dichos de Luder* son textos en los que subyace un diálogo con la filosofía, que permite comprender la postura de Ribeyro ante la vida. Si bien no es una postura filosófica sistemática, sí resulta en gran medida coherente, pues se basa en una sospecha hacia la posibilidad de encontrar verdades duraderas y en la convicción de que la vida suele alejarse de lo que los seres humanos esperan de ella. Ribeyro nunca ejerce, en palabras de Camus, “un salto” consolador, sino que prefiere una postura filosófica más honesta: sufrir sus males y enfrentarlos desde la escritura. Además, a través de este diálogo con la filosofía, es posible entender la mirada que Ribeyro vierte sobre el mundo: descreída, consciente de sus límites y por momentos pesimista, pero aguda y profunda. Finalmente, Ribeyro es consciente de las fuentes literarias de sus observaciones; conoce muy bien la genealogía de sus ideas y lo demuestra en las alusiones a la obra de Montaigne, Pascal, Kafka y Camus, entre otros filósofos y escritores.



## Bibliografía:

AHO, Kevin

2023 "Existentialism". En *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Consulta: 1 de mayo de 2024.

plato.stanford.edu/archives/spr2023/entries/existentialism/#Aca.

AQUINO, Erika y REYNOSO, Christian

2019 "Entrevista a Efraín Kristal, crítico literario." En *Revista Espinela*: 70-82.

ARAMAYO, Roberto

2018 *Schopenhauer: la lucidez del pesimismo*. Madrid: Alianza Editorial

BALDICK, Chris

2001 *The concise Oxford dictionary of literary terms*. Segunda Edición. New York: Oxford University Press.

BAUDELAIRE, Charles

1999 *El esplín de París (Pequeños poemas en prosa)*. Madrid: Alianza Editorial.

BETT, Richard

2015 "La ética en el escepticismo antiguo". En ORNELAS, Jorge y CÍNTORA, Armando. *Dudas filosóficas. Ensayos sobre escepticismo antiguo, moderno y contemporáneo*. Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 45-72.

BRYCE, Alfredo

1996 "El arte genuino de Ribeyro". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 119-126.

CAMUS, Alberto.

2006 *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada

Coaguila, Jorge. *Ribeyro, la palabra inmortal*. Revuelta Editores, 2018

COAGUILA, Jorge

2021 *Ribeyro, una vida*. Lima: Revuelta Editores.

COAGUILA, Jorge

2014 "Colofón". En *Dichos de Luder*, Lima: Lápix Editores, pp. 63-70.

COOPER, David

2012 "Existentialism as a philosophical movement". En CROWELL, Steven. *The Cambridge Companion to existentialism*. New York: Cambridge University Press, pp. 27-49.

CORNWELL, Neill

2006 *The absurd in literature*. Manchester: Manchester University Press.

DANTO, Arthur

1980 *Nietzsche as Philosopher*. New York: Columbia University Press.

DESCARTES, René

2011 *Meditaciones metafísicas*. KRK Ediciones.

DIENSTAG, Joshua Foa

2006 *Pessimism: Philosophy, ethic, spirit*. New Jersey: Princeton University Press.

ELMORE, Peter

2002 *El perfil de la palabra: la obra de Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

ESTEBAN, Ángel

2016 *El flaco Julio y el escritor: Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa cara a cara*. Lima: Fondo Editorial Cultura Peruana.

FORNS-BROGGI, Roberto

1996 "Ribeyro y la función visual del fragmento: Notas en torno a Prosas apátridas y Dichos de Luder". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 271-84.

GALLEGOS, Oscar.

2012 "El sentido del fragmento en Prosas apátridas de Julio Ramón Ribeyro." *Escritura y Pensamiento*. Lima, volumen 15, número 30, pp. 45-64.

GARCÍA, Carlos Pardo

2017 "Tentativa para ordenar la vida: en torno a las «Prosas Apátridas»". *Cuadernos Hispanoamericanos*. Número 801, pp. 47-61.

HADOT, Pierre

1995 *Philosophy as a Way of Life. Spiritual Exercises from Socrates to Foucault*. Oxford: Blackwell Publishers Ltd.

HIGGINS, James

1991 *Cambio social y constantes humanas: la narrativa corta de Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

JUNQUEIRA SMITH, Plínio

2010 "Tipos y uso de argumentos escépticos en Hume." *Areté*. Lima, volumen 22, número 2, pp. 231-258.

KARATANI, Kojin

2012 *History and repetition*. New York: Columbia University Press.

KRINGS, Hermann; BAUMGARTNER, Hans y Wild, Christoph

1979 *Conceptos fundamentales de filosofía (Tomo tercero)*. Barcelona: Editorial Herder

KRISTAL, Efrain

1996 "El narrador en la obra de Ribeyro". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.127-48.

KUHN, Reinhard

1976 *The demon of noontide. Ennui in Western Literature*. New Jersey: Princeton University Press, 1976

LAGERLUND, Henrik

2020 *Skepticism in Philosophy: A Comprehensive, Historical Introduction*. New York: Routledge

LAMMENRANTA, Markus

2008 "The Pyrrhonian Problematic". En GRECO, John. *The Oxford Handbook of Skepticism*. New York: Oxford University Press, pp. 9-33.

LÓPEZ-DEGREGORI, Carlos

2009 "Un inventario de enigmas: La prosa reflexiva de Julio Ramón Ribeyro." *Lienzo*. Lima, número 20, pp. 135-162.

LUCHTING, Wolfgang

1988 *Estudiando a Julio Ramón Ribeyro*. Vervuert.

MANRIQUE, Juan Francisco

2022 "Camus y Kafka. Fundamentos de la filosofía del absurdo." *Perseitas*. Medellín, número 10, pp. 323-349

MCBRIDE, William

2012 "Existentialism as a cultural movement". En CROWELL, Steven. *The Cambridge Companion to existentialism*. New York: Cambridge University Press, pp. 50-69.

MEYER SPACKS, Patricia.

1995 *Boredom. The literary history of a state of mind*. Chicago: The University of Chicago Press.

MONTAIGNE, Michel de

2016 *Ensayos completos*. Octava edición. Madrid: Ediciones Cátedra.

NAGEL, Thomas

1971 "The absurd." *The Journal of Philosophy*. New York, Volumen 68, número 20, pp. 716-727.

OSPINA, Galia

2006 *Julio Ramón Ribeyro: una ilusión tentada por el fracaso*. Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

OVIEDO, José Miguel

- 1975 "Ribeyro, o el escepticismo como una de las Bellas Artes". En *Prosas apátridas*, Tusquets Editores, pp. 7-25.
- OVIEDO, José Miguel  
 1996 "La lección de Ribeyro". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.81-86.
- PASCAL, Blaise  
 1999 *Pensées and other writings*. New York: Oxford University Press.
- POPKIN, Richard  
 1983 *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Espinoza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PRESCOTT, Paul  
 2012 "What pessimism is." *Journal of Philosophical Research*. Volumen 37, pp. 337-356.
- RABÍ-DO-CARMO, Alonso  
 2014 "El autor como diarista: La tentación del fracaso, de Julio Ramón Ribeyro." *Lienzo*. Lima, número 35, pp. 225-250.
- REISZ, Susana  
 1996 "La hora de Ribeyro". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.87-94.
- RIBEYRO, Julio Ramón  
 2023 *Cartas a Luchting (1960- 1993)*. Lima: Revuelta Editores.
- 2019a *Prosas apátridas*. Lima: Seix Barral.
- 2019b *Cartas a Juan Antonio*. Lima: Revuelta Editores.
- 2018 *La palabra del mudo (II)*. Lima: Seix Barral.
- 2017 *Cambio de guardia*. Lima: Revuelta Editores.
- 2016 *La caza sutil*. Lima: Revuelta Editores.
- 2015 *Las respuestas del mudo*. Lima: Revuelta Editores.
- 2014 *Dichos de Luder*. Lima: Lápix editores, 2014.
- 2009 *La palabra del mudo (I)*.Lima: Seix Barral.
- 2003 *La tentación del fracaso*. Lima: Seix Barral.
- 1996 "Ancestros". En MÁRQUEZ, Ismael y FERREIRA, Cesar. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 21-29.

1994 *Antología personal*. Vol. 748. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

RUSSELL, Bertrand

2004 *History of western philosophy*. Londres: Routledge, 2004

SCHIFFMAN, Zachary

1984 "Montaigne and the rise of skepticism in early modern Europe: A reappraisal." *Journal of the History of Ideas*. Volumen 45, número 4, pp. 499-516.

SCHOPENHAUER, Arthur

2009 *Parerga y paralipómena I*. Segunda edición. Madrid: Editorial Trotta.

2009 *Parerga y paralipómena II*. Madrid: Editorial Trotta.

SÉNECA, Lucio

1986 *Epístolas morales a Lucilio*. Madrid: Editorial Gredos.

SEXTO EMPÍRICO

2014 *Esbozos pirrónicos*. Segunda edición. Madrid: Editorial Gredos.

STRIKER, Gisela

2010 "Academics versus Pyrrhonists, reconsidered". En BETT, Richard. *The Cambridge Companion to Ancient Scepticism*. New York: Cambridge University Press, pp. 195-207

THORSRUD, Harald

2009 *Ancient Scepticism*. Acumen Publishing, 2009

VEGA, Nehemías

2009 "Lo absurdo y lo fantástico en los cuentos de Julio Ramón Ribeyro." *Anales Científicos*. Lima, Volumen 70, Número 3.

WILLIAMS, Michael

2010 "Descartes' transformation of the sceptical tradition". En BETT, Richard. *The Cambridge Companion to Ancient Scepticism*. New York: Cambridge University Press, pp. 288-313

WILLIAMS, Raymond

1960 *Culture and society, 1780-1950*. New York: Anchor Books